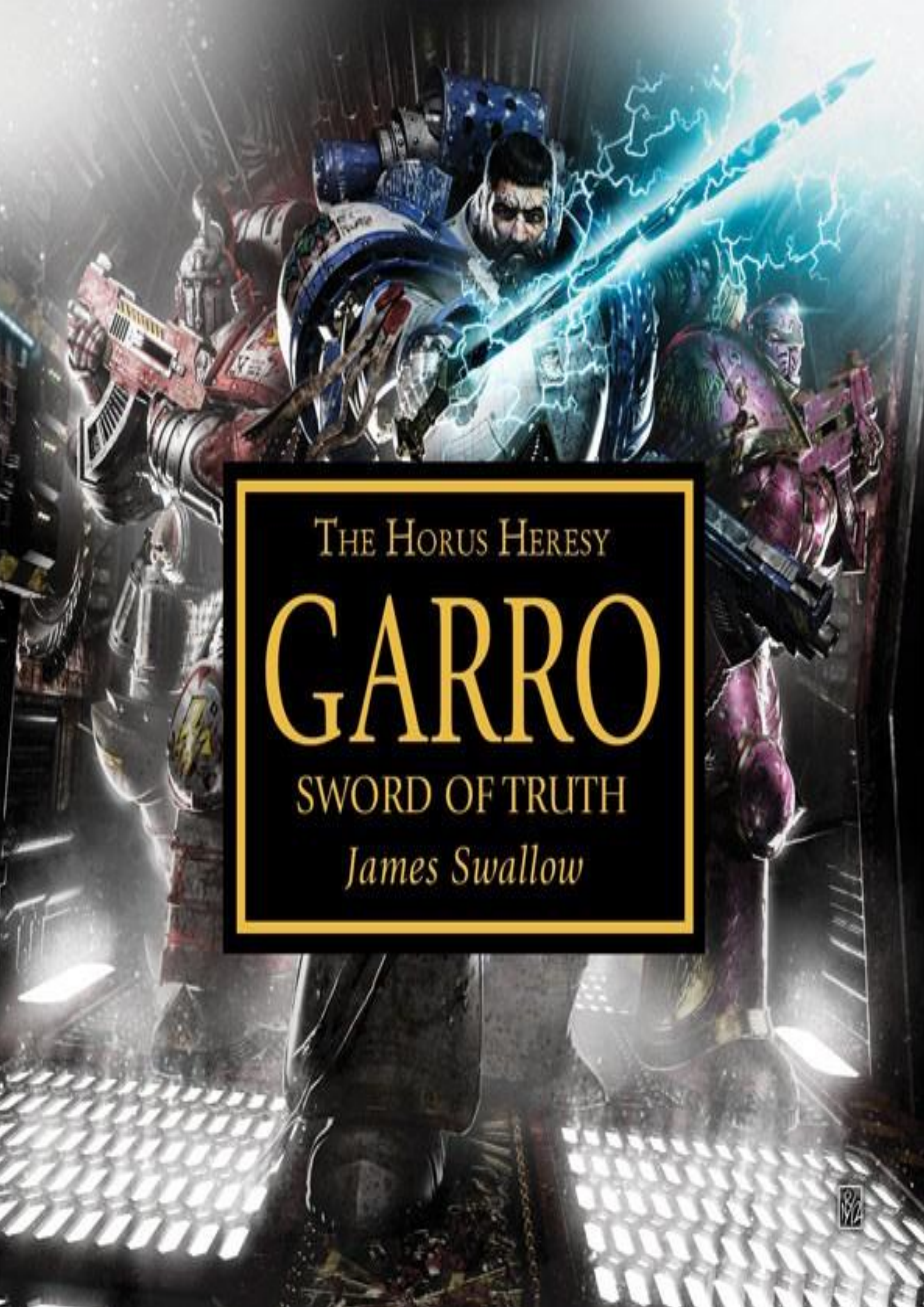

THE HORUS HERESY
GARRO
SWORD OF TRUTH
James Swallow



LA HEREJÍA DE HORUS

GARRO:

ESPADA DE VERDAD

JAMES SWALLOW

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Caballeros Grises

NATHANIEL GARRO	Primer caballero errante, antiguo Guardia de la Muerte
TYLOS RUBIO	Caballero errante bibliotecario, antiguo Ultramarine

Legio Custodes

KHORARINN	Guardia Custodio y capitán de la *Nolandia*

Flota de los refugiados

MACER VARREN	Jefe de la flota de los refugiados y capitán de la 12ª compañía de los Devoradores de Mundos
RAKISHIO	Capitán de los Hijos del Emperador
HAKEEM	Capitán de los Cicatrices Blancas
HAROUK	Tecnomarine de los Cicatrices Blancas

En la fría quietud de la Ciudadela Somnus, el guerrero buscaba algo de paz. No la encontró.

Más allá de los gruesos paneles de flexocristal sólo estaba la gris planicie carente de aire de la superficie lunar y, alzándose por encima de las rocas y los cráteres, el telón de la gran noche. Las estrellas, duras y brillantes como diamantes, dibujaban las líneas de la galaxia más allá. Millones de mundos y billones de almas en ella: cada una con una pistola en la sien, para asegurar su fidelidad; cada una con una cuchilla en la garganta, presta a derramar su sangre en sacrificio.

Nathaniel Garro permanecía en pie, inmóvil, mirando fijamente el vacío; pero aquella oscuridad no lo reconfortaba: en su silencio, oía los gritos de los muertos y los traicionados.

Una guerra como ninguna otra había llegado al Imperio de la Humanidad, y la maldición de Garro había consistido en asistir a su mismo nacimiento.

Una vez fue un capitán de la XIV Legión, la Guardia de la Muerte. Un soldado supremo forjado genéticamente, uno de los ángeles de la muerte elegidos del Emperador. Su misión, como la de sus hermanos de otras legiones, había sido una con un propósito perfecto y sin igual. Los legionarios eran las fuerzas de la Gran Cruzada de Terra, enviados a la vasta noche interestelar para restablecer contacto con las colonias perdidas, instaurar la Verdad Imperial y expurgar toda corrupción alienígena. Lo habían llamado «la expansión de la iluminación», el mayor esfuerzo en la historia de la humanidad: forjar un imperio transgaláctico glorioso y eterno. Un gran sueño. Una tarea magnífica.

Rota, ahora. Astillada y deshaciéndose en cenizas.

El plan del Emperador, cuasidivino en su increíble visión, había sido arruinado por la más mezquina y humana circunstancia. Horus Lupercal, Señor de la Guerra y primarca de la XVI Legión, se había rebelado contra su padre. Algunos decían que se trataba de algún tipo de locura, otros que había sido envenenado por alguna influencia xeno. Pero Garro había llegado a la conclusión de que se trataba de algo mucho más simple lo que había llevado a Horus por el camino de la traición. Envidia. Resentimiento. Desconfianza. Aquellas emociones tan humanas aún

existían en un ser como Horus, por mucho que él y sus hermanos primarcas fueran creaciones de laboratorio que supuestamente deberían estar por encima de tales debilidades.

—¿Podremos alguna vez transcender lo que somos? —se preguntó Garro en voz baja—. ¿O acaso la verdadera iluminación estará siempre fuera de nuestro alcance?

Contra toda razón, la llamada a la revuelta de Horus no murió en el mismo momento de nacer. Otros —los Hijos del Emperador, los Devoradores de Mundos, los Guerreros de Hierro y los Portadores de la Palabra entre otros— se habían unido a aquella sangrienta rebelión. Y ahora, a lo largo de una galaxia nuevamente fracturada por terribles tormentas de disformidad, hacían arder planetas que una vez habían sometido en nombre del Imperio. Mundo a mundo, estrella a estrella, a cada momento estaban un poco más cerca de Terra y el trono del Emperador.

Garro podría haber aceptado todo aquello, pero sentía la vergüenza arder en su interior. Para su desgracia, su preciada Guardia de la Muerte había seguido a Horus en su deslealtad, con su primarca Mortarion a la cabeza. Garro había visto, impotente, cómo sus hermanos de batalla escupían sobre sus juramentos y se situaban bajo el estandarte del traidor.

Por desafiar a su señor, por atreverse a elegir al Emperador por encima de su legión, Garro había sido marcado para morir. Al final, había huido de la devastación de Isstvan, donde la guerra había comenzado, en un intento por alcanzar Terra y dar la alarma de la oscura pretensión de Horus.

Había dejado de ser un guardia de la muerte. Su armadura ahora era del color de su propio blindaje, sin ningún distintivo sobre ella salvo una sutil marca, la marca de Malcador el Sigilita, el regente imperial. De la misma manera que Horus y sus seguidores se habían deshecho de su lealtad, Garro se había desprendido de su vieja identidad y había sido rehecho. Ahora era un guerrero sin hermanos, un legionario sin legión, un caballero errante recortado contra un fondo de oscuridad. A Nathaniel Garro sólo le quedaban su maltrecho honor y su nuevo juramento: ser la mano del Sigilita en medio de la suciedad y el fuego de aquel odioso cisma.

Recordaba la orden de lord Marcador: reunir un grupo de guerreros de entre todas las legiones, tanto leales como traidoras, sin dejar rastro alguno de su paso. Cuando

Garro había preguntado la razón, la respuesta del Sigilita había sido críptica… y ominosa.

—Por el futuro… —repitió aquellas palabras en un susurro.

Mucho le había ocurrido desde entonces, en tan corto periodo de tiempo. Mucho había cambiado. Lo que era. Lo que debía hacer. Su propósito. Sus *creencias*.

La mirada de Garro se posó sobre Terra, baja en el cielo, medio en sombras. En algún punto de aquella esfera el Emperador trabajaba en proyectos tan complejos que nadie podía comprenderlos. Él era el psíquico más poderoso que jamás hubiera existido, el arquitecto del brillante mañana de la humanidad. Inmortal y atemporal, poderoso más allá de todo sueño. Aunque Él mismo lo había negado, no era de sorprender que muchos consideraran al Emperador un dios viviente. Y después de todo lo que Garro había vivido, el guerrero estaba preparado para contarse entre aquellos creyentes.

Pero a pesar de su apariencia estoica, Garro estaba preocupado. La miseria de la que había sido testigo en Isstvan III, cuando Horus había bombardeado brutalmente a sus propias tropas con armas víricas, sólo había sido el principio. Su primera misión como *agentia primus* del Sigilita, en el planeta Calth de los Quinientos Mundos de Ultramar, le había mostrado horrores aún mayores.

Allí, se había encontrado con la XVII Legión en el rojo de su recientemente profanada servoarmadura: los guerreros de Lorgar, a los que una vez había llamado hermanos, aliados con… *criaturas* abortadas de los infernales reinos de la disformidad.

La pura brutalidad y la exaltación letal con que los Portadores de la Palabra habían desatado su traición sobre los Ultramarines era algo que Garro nunca antes había visto. Lo enfermaba. No tenía palabras para su rabia, ni para su pesar.

Y mirando las silenciosas estrellas, no podía escapar de la terrible convicción de que lo peor aún estaba por llegar.

El requerimiento de su presencia había llevado a Tylos Rubio a los niveles superiores de la ciudadela, y bajo aquella luz monocroma vio a Garro al fondo de la cámara de paredes de vidrio. El guerrero permanecía en pie como un centinela, una

estatua de ceramita y acero, hueso y carne. En aquella armadura sin emblemas, el antiguo guardia de la muerte parecía de alguna manera inconcluso. Lucía un cráneo sin pelo y cruzado de cicatrices, una frente marcada por las líneas de la preocupación y unos ojos eternamente vigilantes. Si Rubio mirara con un poco más de atención, podría ver los surcos del remordimiento que se marcaban profundamente en el corazón del guerrero. Pero no era momento de hablar sobre aquello, aquel no era su lugar.

Su lugar. ¿Existía algo así para Rubio? Alisó la simple túnica que le colgaba de los hombros. Bajo ella llevaba el mono de trabajo de corte sencillo que vestiría un sirviente de la legión o un ilota. Le habían despojado de todo cuanto pudiera ser un símbolo de lealtad a su legión, y Rubio no había renunciado sin más. El ultramarine sólo al final había permitido que le retiraran su servoarmadura por orden expresa del mismo Sigilita. Pero su rencor persistía.

Pedazo a pedazo, la Gran Cruzada había ido astillando a Tylos Rubio. Al comienzo había sido un codiciario, un hermano del Librarium, un psíquico de guerra a la cabeza de la 21.ª Compañía de la XIII Legión con la que había luchado por el triunfo de Ultramar con coraje y honor. Junto a su primarca, había marchado por Macragge bajo estandartes cobalto y oro.

Los recuerdos de aquellos días eran agridulces. Había habido tanta gloria, tantos enemigos eliminados y tantos mundos salvados del abismo… Y para ello, Rubio había empleado sus talentos únicos y preternaturales como el arma definitiva. Era un psíquico, un guerrero de la mente, capaz de invocar rayos de las palmas de sus manos y hacer brotar el miedo en los corazones de sus enemigos. Y había sido bueno, muy bueno, en ello.

Magnus el Rojo le había quitado aquello.

El señor de los Mil Hijos, un poderoso psíquico por derecho propio, se había ganado la censura del Emperador por su búsqueda de los poderes más oscuros del reino psíquico. Los imprudentes juegos de Magnus con el inmaterium lo habían hecho merecedor de un duro juicio, tras el cual el Emperador prohibió el uso de cualquier poder psíquico en el seno de las legiones, para evitar la posibilidad de un uso indebido de los mismos. Con un edicto, la habilidad definitiva de Rubio le había sido vedada.

Pero aún era un guerrero de las Legiones Astartes, e incluso sin su capucha psíquica y con sus mejores armas silenciadas, todavía podía luchar por el Imperio con una espada y un bólter. Y en los momentos en los que su mermada situación le provocaba pesar, Rubio permanecía estoico. Después de todo, seguía siendo un ultramarine.

Pero entonces, incluso eso se lo habían arrebatado.

En el Calth desgarrado por la guerra, la compañía de Rubio se enfrentaba a los Portadores de la Palabra en el túnel de entrada subterránea a Numinus. La masacre de aquel día aún pervivía en sus pesadillas. Garro lo había encontrado allí, marcando el tiempo que le quedaba antes de que la muerte lo reclamase. Y en aquel lugar desolado, mientras la batalla ennegrecía el cielo y se intensificaba a su alrededor, Rubio había perdido algo intangible. Para salvar las vidas de sus hermanos, había tomado una decisión terrible: había roto el decreto del Emperador y había empleado sus poderes prohibidos para combatir al enemigo. Al hacerlo, había roto un juramento. Sus hermanos de batalla habían sobrevivido, pero como uno solo le dieron la espalda.

¿Lo convertía aquello… en un traidor? Rubio apartó aquel pensamiento perturbador, pero éste persistió, como una nube de tormenta en el horizonte.

—Aquí estoy, Garro. ¿Qué quieres de mí?

El capitán se volvió para estudiarlo, sus ojos escrutando el rostro de Rubio para intentar medir su estado de ánimo.

—El viaje de vuelta desde el sistema Veridian ha sido largo. ¿Has descansado?

—Estoy listo para volver a la batalla, si es lo que preguntas. ¿Si no para qué me has traído aquí?

—No hemos sido elegidos para luchar en la guerra, Rubio. Otros hombres combatirán la rebelión de Horus en conflicto abierto. Nosotros… nosotros seguiremos un camino distinto.

—¿Y a dónde nos llevará? Me has arrancado de entre mis hermanos. Me has arrastrado fuera del lugar que de verdad me correspondía. Dime que ha sido por una buena razón —Rubio apretó la mandíbula, dirigiendo la mirada a las prendas

sin distintivos, furioso por lo que significaban—. ¿Qué tarea puedo afrontar así? ¿Dónde está mi armadura? ¿Dónde están mis armas?

—Tu equipo de combate era tu último vínculo con tu legión, hermano. Ya no lo necesitas —Garro le hizo un gesto y se puso en movimiento—. Ven conmigo. Tenemos que prepararte.

La armería de la ciudadela era una forja de guerra, con docenas de esclavos-máquinas y tecnosiervos ocupados en la reparación y el mantenimiento del equipamiento de combate. Las armaduras doradas y las brillantes espadas de las Hermanas del Silencio, las guardianas de la ciudadela, dominaban la cámara. Sus hojas colgaban de cada pared, junto a los potentes cañones de llamas y los fusiles de asalto. Pero ninguno de aquellos instrumentos de guerra podía compararse con el armamento de las Legiones Astartes.

—Ahí lo tienes, hermano —señaló Garro.

En un soporte articulado de casi seis metros de altura permanecía desmontada una servoarmadura casi idéntica a la que cubría a Garro. Era un modelo avanzado, recién sacado del manufactorum.

Como la servoarmadura del antiguo guardia de la muerte, estaba desnuda de todo símbolo y heráldica, salvo la sutil representación de un ojo estilizado sobre una de las hombreras: la marca del Sigilita. Un sencillo tabardo del Librarium colgaba de su cintura.

En el momento en que Rubio se acercó el soporte siseó separando aún más las piezas, y los servidores se reunieron a su alrededor para asistirlo en la tarea de ajustarse las placas de ceramita. Sin embargo, el psíquico dudó. En su servicio al Imperio, Rubio nunca había vestido nada más que el azul de los Ultramarines, nunca había portado otro emblema más que la reverenciada Ultima. Considerar hacer algo distinto en aquel momento lo hacía sentirse de nuevo como un traidor.

—Si acepto… ¿en qué me convierto? Perderé lo que hasta ahora he sido. ¡Dejaré de ser un hijo de Ultramar!

—Escúchame, Rubio. No es una cuestión de legión o de derecho de nacimiento. Se trata de un deber que está por encima del mundo al que llamabas hogar o del

primarca al que seguías. Tú y yo, y los que están por venir, hemos entregado nuestra lealtad a una nueva verdad, a un nuevo ideal. Recordamos lo que fuimos, pero nos alzamos como algo más allá de ello. Servimos al Emperador de la Humanidad, eso nunca cambiará —Garro hizo una pausa, mirando a los ojos del guerrero—. Hiciste un juramento de combate en Calth, Rubio. Ahora, complétalo. Acepta la armadura. Únete a mí.

Durante unos largos segundos, Rubio permaneció en silencio.

—Muy bien —dijo finalmente.

Rubio se situó en medio del soporte y extendió los brazos para aceptar el abrazo marcial de la coraza, los brazaletes y los avambrazos. Los servidores aseguraron las secciones del torso y las grebas, las gruesas botas y los guanteletes. Echó la cabeza hacia atrás para que colocaran la gorguera en su lugar, y con un bajo zumbido de energía que le hizo vibrar los huesos el generador de microfusión a la espalda de la servoarmadura se activó. Después le colocaron las hombreras. Pieza a pieza, Rubio se convirtió en una máquina de guerra con la figura de un hombre. Aun así, seguía preocupado por el juramento que había sellado con aquel acto. Había perdido su antigua identidad, y en su lugar había adquirido un nuevo estatus, uno que todavía estaba por determinar.

—Ya está hecho.

—Todavía no —dijo Garro—. Queda la pieza más importante.

La capucha psíquica era una compleja matriz de formas cristalinas y conductos de energía, sintonizada con los patrones de resonancia del inmaterium. Los servidores la ajustaron a la cabeza de Rubio y el dispositivo se activó, vinculándose inmediatamente a sus engramas telepáticos. Rubio sintió el poder antiguo y familiar que se reanimaba en su interior, una fuerza de voluntad que creía silenciada para siempre. Los poderes que habían permanecido adormecidos desde el Edicto de Nikea danzaron en las puntas de sus dedos.

—*Ahora* está hecho —asintió Garro.

La servoarmadura era como una segunda piel. Plastiacero y ceramita enlazada con su carne y sus huesos a través de la superficie conductora del caparazón negro de Rubio, la interfaz implantada bajo su piel. Probó los guanteletes, flexionando los

dedos. Todo era… correcto. Pero el conflicto en su interior aún no se había resuelto.

—Acepta tu deber, Hermano. Toma estas armas y empléalas en el nombre del Emperador.

Garro le ofreció la pesada forma de un bólter y una espada en su vaina. Rubio sonrió ligeramente al ver la hoja que sostenía en la mano: era un gladio, el tipo de estada tradicional de los Ultramarines. Aunque no había nada que lo indicara, el guerrero comprendió que Garro le estaba permitiendo conservar un pequeño símbolo de la legión a la que había renunciado.

—Gracias, hermano…

El temblor de un semipensamiento vino de ninguna parte, presionando en la mente de Rubio. Dudó, mirando fijamente a Garro.

—¿Qué ocurre?

El psíquico no contestó. Sus habilidades telepáticas se desplegaban lentamente, desenfocadas por la falta de uso. Pero incluso así tuvo un extraño destello de algo profundamente enterrado en la mente de Garro. Otro tipo de verdad, oculta bajo estoicas capas de pensamiento del guardia de la muerte. Una creencia secreta que no podía leer.

—Un icono —susurro Rubio—. Una *aquila* dorada…

—¿Qué dices?

Cada parte de Rubio se preguntaba lo que había visto, pero de repente sintió otra presencia que se acercaba, ardiendo mucho más intensamente que los servidores lobotomizados, fiera y dura, con los bordes afilados como cuchillas de una mente acostumbrada al acto de matar.

—Alguien viene…

Las pesadas compuertas se abrieron, dando paso a una amenazante figura blindada.

—Tú eres Garro.

No era una pregunta.

—Lo soy —contestó Garro tenso.

—Tú y tu compañero vendréis conmigo. *Ahora.*

El recién llegado no esperó respuesta a aquella orden; simplemente se dio la vuelta sobre sus talones y regresó sobre sus pasos, hasta atravesar la puerta y avanzar por los corredores abovedados que llevaban a los hangares.

Garro apretó los labios ante aquella brutal demostración de arrogancia, pero aun así siguió a la figura, con Rubio un paso tras él. No tenía opción: no se podía reusar la orden de un guardia custodio sin una buena causa.

La figura se identificó como Khorarinn; al menos, eso era todo lo que estaba dispuesto a revelar en aquel momento. Los guerreros de la Legio Custodes poseían nombres honoríficos de longitud muy variada, cada apelativo suplementario otorgado en reconocimiento a sus servicios al Emperador y al trono de Terra. Garro había oído de custodios con más de mil nombres, cada uno de ellos grabado en el interior de sus servoarmaduras. No pudo evitar preguntarse cuántos nombres más vendrían después de «Khorarinn».

Se decía que lo que los legionarios eran a sus primarcas, lo eran los custodios respecto al Emperador. La guardia personal del gobernante del Imperio: eran sus pretorianos y sus defensores definitivos. Ciertamente, era raro encontrar a un custodio fuera de Terra. Sólo abandonaban el Palacio por cuestiones de la mayor importancia, y entonces lo hacían solos o en grupos muy pequeños.

Aquel guerrero era una figura imponente y amenazadora, más alto que Garro incluso cuando éste estaba envestido con su servoarmadura. La servoarmadura dorada del custodio estaba grabada en toda su superficie con intrincados diseños de relámpagos, *aquilae* imperiales e inscripciones. Una capa rojo sangre caía desde sus anchos hombros, y bajo el brazo llevaba el alto yelmo cónico con el águila esculpida sobre la frente y el penacho de crin carmesí que lo coronaba. Su tono de piel era oliváceo y sus ojos oscuros, y en lugar de la alabarda más típica de su clase, Khorarinn iba armado con una pesada espada de hoja ancha que tenía un par de bólteres gemelos montados en la guarda.

El custodio caminaba ágil y firmemente, sin dignarse una sola vez a arrojar una mirada sobre los dos legionarios. La superioridad de la Legio Custodes estaba fuera

de toda discusión, y era la fuente de fricciones con aquellos que no formaban parte de ella. Garro no tenía razón para pensar que Khorarinn fuese a rebatir esa imagen.

Fue Rubio quien rompió el silencio.

—¿Dónde vamos?

—Hay un transporte preparado. Ambos me acompañaréis a la nave de combate *Nolandia* de la Flota Imperial. Se encuentra en la órbita lunar, a la espera de mi regreso.

—¿Con qué fin? —terció Garro.

—Eso lo aclararé cuando lo considere necesario, guardia de la muerte.

—¡Quizá yo lo considere necesario *ahora*! —dijo Garro deteniéndose—. Y para dejar todo claro, ya no sirvo a la XIV Legión.

—Por supuesto. Si aún sirvieras al traidor Mortarion ya habrías sido ejecutado — Garro sintió una oleada de ira ante aquel desprecio, pero el custodio no le dio tiempo a replicar—. La orden viene del propio Malcador, regente de Terra. Estáis obligados a obedecer, según tengo entendido. Por deseo suyo, os uniréis a mi misión, a pesar de mi insistencia en que vuestra presencia no es necesaria. Por el momento, eso es todo lo que para mí es necesario revelar.

—Como deseéis —dijo Garro tras un momento de silencio.

Le costó abandonar la discusión, y cruzó una sombría mirada con Rubio. El codiciario no dijo nada, aunque su expresión era suficiente para mostrar sus pensamientos. Los guerreros de las Legiones Astartes no estaban acostumbrados a ser tratados como el común de los soldados del Ejército Imperial, y tal falta de respeto le habría costado una espada apuntando al cuello a cualquier otro. Pero replicar a un custodio se consideraba casi tan insolente como hacerlo al propio Emperador.

Reanudaron la marcha.

Garro tenía sentimientos contradictorios. Por un lado, respetaba al guerrero que había sido juzgado digno de permanecer al lado del Emperador y participar de su gloria divina. Por otro, lo enfurecía aquella desconfianza abierta y errónea de Khorarinn. El custodio no mostraba ninguna reticencia a considerar a Garro

indigno de su consideración, y sin duda lo valoraba con el mismo juicio que a su antigua legión.

—Si no vais a decir más —dijo Rubio—, ¿podéis al menos decirnos a qué tipo de enemigos vamos a enfrentarnos?

Khorarinn se detuvo bruscamente y se giró para clavar la mirada en ellos.

—Al peor de todos. *Traidores*.

El transporte era una estilizada nave de desembarco clase Aquila, una variante superficie-órbita ampliamente modificada, pintada en el oro y carmesí de la Guardia Custodia. A diferencia de las funcionales Stormbirds y Thunderhawks a las que los legionarios estaban acostumbrados, aquella nave casi era extravagante en su diseño. Parecía fuera de lugar comparada con el monolito de masas romas que era la *Nolandia*, una joya brillante junto a un lingote de hierro crudo.

La nave insignia tenía una longitud de kilómetros, y estaba fuertemente equipada con incontables baterías de armas. Inmensas placas de blindaje ablativo le daban el aspecto de un masivo y alargado castillo, como si una fortaleza antigua sacada de la prehistoria de Terra hubiera caído a través del tiempo y el espacio para amalgamarse con aquellos poderosos motores de disformidad y los inmensos cañones capaces de partir lunas.

Con el rumor de un trueno capturado, la *Nolandia* aceleró siguiendo el curso indicado por su navegante en dirección al perímetro del sistema solar. Atravesaron el cardumen de muelles-satélites en los que se realizaban las tareas urgentes de refuerzo de las flotas de combate y de las plataformas autónomas erizadas de macrocañones y armas láser. Otros cruceros de menor tonelaje y naves monitoras del sistema carentes de motores de disformidad se apartaban del camino de la *Nolandia*, obedeciendo a los estandartes de rango superior que colgaban de sus mástiles de señales.

La nave de batalla dejó Terra atrás. La última imagen del mundo-trono quedó eclipsada tras una inmensa y brillante fortaleza: la*Falange*, fuerte estelar y monasterio de la VII Legión, los Puños Imperiales de Rogal Dorn.

Cruzando las órbitas de Marte y eje colonial de Júpiter la *Nolandia* aceleró hacia la estela del cinturón de Kuiper, la región de asteroides de hielo que marcaban los límites del espacio solar. Más allá, en el punto de Mandeville, donde las naves con capacidad para navegar por la disformidad podían regresar al espacio normal tras sus travesías por el inmaterium, el sol parecía frío y distante, las estrellas alienígenas y hostiles. En aquella zona nada se movía más que las patrullas perimetrales de fragatas y destructores y los enjambres de drones de guardia. Todos ellos vigilantes, todos ellos esperando el primer signo de la invasión que inevitablemente llegaría. Un día o un mes, un año o una década: tardara lo que tardase, la final las flotas del Señor de la Guerra oscurecerían aquellos cielos. Sólo era cuestión de tiempo.

Nadie había levantado objeción alguna cuando el guardia custodio había exigido el uso exclusivo de la sala de entrenamiento de la *Nolandia*. Las órdenes de Khorarinn al capitán de la nave habían sido sucintas: nada, salvo la llegada del mismo Architraidor, debía interrumpir su entrenamiento.

Sin pausa, había ido mermando las reservas de servidores de entrenamiento, convirtiéndolos en una pila humeante, enfrentándose a ellos individualmente o en grupos. Cada servidor aprendía de los errores cometidos por los precedentes, pero aún así, tras horas de duelo, ninguno había sido capaz siquiera de alcanzar con un golpe al custodio.

El último de los servidores se deshizo en pedazos frente a él.

—¡Esclavo! Limpia este deshecho. Tráeme otro.

—No queda ninguno —dijo Garro mientras entraba en la sala—. Los habéis destruido todos.

—Lástima. Esperaba encontrar algo que me pusiera a prueba. Por un instante al menos —alzó su espada bólter para apuntar con ella—. La hoja que llevas parece una herramienta excepcional. La llamas *Libertas*, ¿verdad? Me pregunto qué tal funciona en combate.

—Eso tiene todo el aspecto de un reto.

—¿Ah, sí? No espero que seas tan imprudente como para aceptar. Después de todo, la Guardia de la Muerte nunca toleró a los imprudentes ni a los necios entre sus filas…

—Os sorprenderíais… —respondió Garro con una media sonrisa.

—Muy bien. ¿A primera marca, entonces?

—Sí. Primera marca.

Se saludaron con las espadas. Y entonces se desató la tormenta.

Garro no recordaba haberse enfrentado a ningún oponente como aquel. Se decía que incluso un primarca vacilaría al enfrentarse en duelo con un custodio del Emperador, y mientras intentaba mantener su posición bajo el huracán de golpes de la espada de Khorarinn, Garro pudo llegar a creerlo.

Era casi imposible hacer nada más que defenderse, y rápidamente se encontró al límite de su pericia, luchando a cada instante por bloquear con su espada de energía las estocadas y los tajos del custodio. Consiguió detener cada ataque, pero los golpes eran como truenos, y le sacudían los huesos dentro de su servoarmadura.

Hubo un momento en el que Garro creyó ver una apertura en la defensa de Khorarinn, y a punto estuvo de aprovechar la oportunidad, girando la empuñadura de *Libertas* por reflejo. Pero instintivamente se detuvo y dejó pasar el momento. Demasiado fácil. Demasiado seductor. El breve destello de enojo que recorrió los ojos del custodio le confirmó que aquello había sido una provocación deliberada.

El patrón de ataque de Khorarinn cambio abruptamente, intensificándose, haciendo retroceder a Garro hasta el montón de servidores destrozados. Inmediatamente Garro supo que el custodio había estado jugando con él hasta ese momento. Aquella forma de pelear era la auténtica: espada contra espada, lo golpeaba con una fuerza precisa y brutal que acabaría por abatirlo.

Sólo tenía una oportunidad para escapar con su honor intacto, pero debía ser rápido, más rápido que nunca antes…

Por un instante sus espadas se trabaron, filo contra filo, y Garro aprovechó la oportunidad de décimas de segundo.

Si el custodio tenía un punto débil, ese era su arrogancia. En su prisa por marcar a Garro, ya lo había considerado derrotado; el legionario volvió eso contra él, desarmándolo, a pesar del tremendo esfuerzo que le supuso arrancar la espada bólter de sus manos.

Khorarinn se quedó petrificado, su cara enrojeciendo de ira por momentos, antes de dar un paso atrás. Garro mantenía su espada firme, apuntando con la punta a su pecho.

—¿Os retiráis? Este duelo aún no ha acabado. Me debéis una marca.

—¡Si esa espada llega a tocar mi armadura, te despedazaré miembro a miembro!

—Sois un mal perdedor…

—Y tú eres afortunado. Te he subestimado. No volverá a ocurrir —Khorarinn le dio la espalda para recoger su espada y se dirigió a él sin mirarlo—. Puedes retirarte.

—¡Habéis sobrepasado vuestros límites, custodio! ¡No tenéis derecho a darme órdenes! ¡Y no hay razón para que me ocultéis el objetivo de esta misión!

Khorarinn meditó un momento. Entonces lo miró por encima del hombro.

—Muy bien. Supongo que te has ganado ese derecho como premio. Sígueme, y te iluminaré.

Garro siguió a Khorarinn hasta el estrategium de la nave, una cámara oval en cuyas paredes se alineaban pantallas y paneles que proporcionaban flujos de datos en tiempo real de la zona alrededor de la *Nolandia*.

En el centro de la sala se encontraba el alto pedestal de un hololito que proyectaba una esfera luminosa moteada de puntos de luz. Aquel holograma representaba el sistema solar y las órbitas de sus planetas, y sobre él superpuesto el trayecto de la nave.

—Dejadnos —ordenó Khorarinn—. *Ahora*.

En unos instantes todo el personal se retiró, dejando a Garro y a Khorarinn con los servidores sin consciencia como única compañía.

—¿Qué requiere tal grado de secreto?

—Lo vas a ver.

El custodio extrajo una cápsula de memoria de un bolsillo de su cinto y la introdujo en la ranura en la base del hololito. La proyección cambió y se transformó en un bucle de imágenes granuladas. Garro vio naves, docenas de ellas, una flotilla destartalada flotando en el espacio.

—Estas imágenes fueron tomadas por un dron estacionado en el perímetro por encima de la órbita de Plutón —dijo Khorarinn—. Detectó múltiples eventos en el espacio disforme y se trasladó para interceptarlos. Eso es lo que encontró. Eso es a lo que nos enfrentamos.

—Son todas naves imperiales. Transportes. Naves de carga. Naves civiles…

—Sí. Pero navegan sin estandarte alguno de autoridad ni ninguna otra marca. Sus orígenes son inciertos. Y no vienen solas.

La imagen se ajustó hasta centrarse en la nave que encabezada aquella pequeña flota. Sólo podía tratarse de una nave de guerra. La afilada proa y las torres escalonadas de cañones delimitaban la forma distintiva de una fragata de ataque rápido, una clase de nave muy común entre las flotas expedicionarias de las Legiones Astartes.

—Reconoces la librea de la fragata, por supuesto.

—Blanco, bordeada de azul —dijo Garro con tono lúgubre—. Esa nave pertenece a la XII Legión.

—Devoradores de Mundos, los guerreros que han seguido a su traidor rey-gladiador Angron bajo la causa de Horus.

El casco de la fragata quedó más claramente expuesto y Garro entrecerró los ojos: el nombre le provocó el destello de un recuerdo.

—La *Filo de daga*. Conozco esa nave. La he visto antes, en Isstvan III, horas antes del ataque… Era parte de la flota reunida por Horus.

Cuando Khorarinn habló de nuevo hizo un gesto de despectivo hacia el hololito y no hizo intento alguno por moderar su tono de desprecio.

—Debes de sentir cierta simpatía por estos… refugiados, Garro. Las tripulaciones de esas naves declaran que han huido de la traición del Señor de la Guerra. Hay civiles, soldados del Ejército Imperial, enviados comerciales del sector Eriden y otros, supuestamente reunidos a lo largo de su ruta de escape. Dicen que han navegado a través de las tormentas de disformidad hasta Terra en busca de un refugio seguro. Igual que hiciste tú.

Garro permaneció en silencio por un largo momento. Cuando la Guardia de la Muerte rechazó al Emperador, él y otros setenta legionarios habían tomado el control del crucero *Eisenstein* y escapado de los horrores que siguieron. Habían pasado meses desde aquel día, pero casi le parecía que había sido una eternidad. Garro había traído la noticia de la insurrección, manteniéndose firme en su juramento de fidelidad al Emperador y Su trono, pero muchos lo habían juzgado por las acciones de su primarca y lo habían encontrado sospechoso.

Esa misma sospecha era la que ardía en los ojos de Khorarinn.

—¿Para eso es para lo que Malcador me ha enviado aquí? ¿Para juzgarlos?

—Dada tu experiencia, ha considerado que tu visión podía tener algún valor. Debes asistirme en la evaluación de estos refugiados, pero su destino último lo decidirá el Consejo de Terra.

Para Garro no había duda de que independientemente de las órdenes recibidas, el custodio ya había clasificado a los recién llegados como una amenaza.

—No confiáis en ellos.

—No confío en nada salvo en la palabra del Emperador. Este cisma que Horus ha provocado nos ha privado de cualquier otra convicción. La insurrección corroe la confianza — Khorarinn clavó en él una mirada de fuego helado—. Se ha trazado una línea a lo largo de la galaxia. Cualquiera que venga del lado del Señor de la Guerra es un enemigo hasta que se demuestre lo contrario.

—¿Entro yo también dentro de esa descripción? ¿No me consideráis digno de confianza porque mi antigua legión traicionó al trono?

—Empiezas a entender…

—¡No soy un traidor!

—La historia juzgará eso, de la misma manera que estos refugiados serán juzgados. El Señor de la Guerra es un enemigo astuto. Sería muy propio de él enviar naves así para poder infiltrar espías en el corazón del Imperio. Su invasión se acerca, Garro. Es imparable, igual que mi odio por su traición —Khorarinn se dio la vuelta para abandonar de la sala, pero vaciló—. Una cosa más. El brujo mental, Rubio…

—¡El hermano Rubio es un legionario, un codiciario!

—Tal rango ya no existe entre las Legiones Astartes. Quizá Malcador os haya otorgado una dispensa del edicto del Emperador, pero yo no pienso tolerarlo. Grábate bien esto: si Rubio usa sus malditos poderes en mi presencia, acabaré con él.

—¿Esas fueron sus palabras exactas?

—Nuestro estimado custodio no suele dejar espacio para la ambigüedad en sus afirmaciones.

Rubio frunció el ceño.

—Khorarinn no tiene derecho a darme órdenes. No es más que un figurón arrogante.

—Eso mismo se ha dicho alguna vez de la XIII Legión en el pasado —contestó Garro con un ligero tono de humor.

—Pero yo ya no soy un ultramarine, ¿verdad? Soy como tú ahora. Un caballero errante, un fantasma con armadura.

—Cierto —concedió Garro—. Pero por ahora es mejor evitar toda confrontación con él. Se nos ha ordenado asistirlo, y eso haremos. Es muy probable que los prejuicios de Khorarinn nublen su juicio, por lo que es importante que nosotros mantengamos el nuestro claro.

De vuelta a los espartanos camarotes que les habían proporcionado a él y al codiciario, Garro había relatado a Rubio los eventos relacionados con el guardia custodio.

Al igual que Garro, el psíquico estaba preocupado por lo que la *Filo de daga* y su flota representaban. Repasó los contenidos de la tabla de datos, examinando los informes que arrojaban los primeros escaneos de los sensores sobre la flotilla.

—Esto es más complejo de lo que a primera vista parece. Mira. Si estos datos son correctos, las naves de los refugiados albergan muchos más civiles a bordo que personal militar. No combatientes, Garro. Hombres y mujeres, familias enteras huyendo del colapso de la ley imperial frente al avance del Señor de la Guerra. Ésta es la misma gente que juramos proteger.

—Estoy totalmente de acuerdo. Pero Khorarinn no lo ve así. A sus ojos, todos cuantos se encuentran a bordo de esas naves, ya sean marines espaciales o meros humanos, son igualmente peligrosos.

Cuando Rubio habló de nuevo, su tono era sombrío.

—Antes, mientras caminaba por los corredores… capté de pasada una conversación entre el personal del puente de la *Nolandia*acerca de la misión. En ese momento no tenía contexto para sus palabras, pero ahora sí. Hablaban de Khorarinn, de cómo había dispuesto el curso de la acción. Creo que ya ha se ha hecho una imagen muy clara de cómo van a desarrollarse los eventos.

—Explícate.

—El custodio ha impartido órdenes estrictas al capitán y al comandante de artillería: el empleo de la opción cero en caso de que las circunstancias lo exijan.

—¡De nuevo ha vuelto a extralimitarse!

—Si en cualquier momento la *Filo de daga* o cualquier otra de las naves de los refugiados supone una amenaza, la *Nolandia* tiene autoridad para destruirla, así como a cualquier otra nave de la flota.

—¡Eso sería una masacre! ¡La *Nolandia* es una nave de combate clase Retribution, una destructora de mundos! Una mera fragata y un puñado de naves de carga no tienen ninguna posibilidad de enfrentarse a ella.

Garro sintió cómo se le helaba la sangre al recordar cuando en su vuelo de huída a bordo de la *Eisenstein* se encontró bajo la sombra de la *Falange*. Con alguien como

Khorarinn al mando, no habría vivido lo suficiente para llevar su advertencia al Imperio.

¿Era posible que el Consejo de Terra estuviera tan aterrorizado que prefiriera permitir que el guardia custodio matara miles de inocentes antes que arriesgarse a la infiltración de un solo espía? La pregunta era terrible: aquello estaba en contra del espíritu del brillante sueño del Emperador.

—No podemos permitir que eso ocurra.

—Y aun así… cabe una posibilidad de que Khorarinn esté en lo cierto.

—Una posibilidad, Rubio, no una certeza. ¡Éste es el Imperio de la Humanidad, el dominio de Sol y del mundo-trono! No tomamos vidas sin una causa. Blandimos la espada por necesidad, por la verdad. ¡No matamos cegados por el miedo ni por prejuicios!

La *Nolandia* se detuvo, activando los propulsores de estabilidad, en medio del curso por el que se acercaban la *Filo de daga* y su flotilla. Los cañones de la nave se situaron en posición de disparo en una amenaza medida, docenas de torres apuntando con soluciones de disparo claras a las naves a la cabeza de aquel avance. Aquella muestra de fuerza era un gesto excesivamente teatral, pero no por ello disminuía la realidad de su amenaza.

Las naves de los refugiados ya llevaban acorraladas un tiempo en aquella zona de la órbita lejana del Sol, rodeadas por un cúmulo de drones armados que registraban cada uno de sus movimientos. La llegada de la *Nolandia* y el acto de apuntarlos con sus armas no hacía más que subrayar lo que los capitanes de las naves refugiadas ya sabían: que a todo propósito, eran prisioneros.

La *Filo de daga* se elevó sobre su posición, por encima de la proa con forma de flecha de la nave de guerra, directamente en línea de tiro del cañón nova montado sobre su espina central. A esa distancia, si la *Nolandia* abriera fuego con aquel arma, incluso aunque el disparo se desviara a un lado de su objetivo lo haría desaparecer por completo en la oscuridad del espacio en cuestión de segundos. Por su parte, con todo su arsenal la *Filo de daga* apenas tendría posibilidad de atravesar los escudos de vacío de su oponente e infligir algún daño significativo.

En otra época, aquellas naves se habrían saludado como honrados camaradas, y la *Nolandia* habría escoltado a la otra nave a puerto seguro. Pero ahora vivían en tiempos de rebelión, de una guerra civil, y pocos podían encontrar motivos para la confianza.

Desde el estrategium, Khorarinn estudiaba la vaga y pobremente organizada disposición estratégica de las naves de los refugiados, y se concentraba en un hololito, añadiéndole marcas con su mano enguantada. Consideraba la distribución del fuego y los patrones de despliegue de torpedos, dibujando los modelos de ataque más eficientes con los que reducir rápidamente todas aquellas naves a escombros flotantes. Con el elemento sorpresa, en caso de que no se produjesen eventos imprevistos, estimaba que podría hacerlo en algo menos de cinco minutos.

Khorarinn no dirigió la mirada a los guerreros de armadura gris que entraron en la sala. No había requerido su presencia, pero tampoco podía prohibirles el acceso al puente. La presencia de Garro y del brujo era un molesto lastre que el custodio no podía más que sobrellevar.

En ese momento, uno de los oficiales de la *Nolandia* alzó la voz, informando de un mensaje recibido en el panel de comunicaciones, una señal emitida desde la *Filo de daga* que solicitaba un canal de voz directo.

—No contesten. Todavía no. Dejemos que esperen.

—Han estado esperando ahí fuera durante días —dijo Rubio—. ¿No es eso suficiente?

Khorarinn contestó sin ni siquiera girar la cabeza hacia el psíquico.

—Es importante reforzar el mensaje de quién está al mando aquí.

—Eso es verdad —dijo Garro, e inmediatamente se dirigió a uno de los tripulantes—. ¡Oficial de voz! ¡Establezca un canal con la*Filo de daga* inmediatamente!

Khorarinn se giró bruscamente, clavando la vista en el astartes que se había atrevido a contradecir sus órdenes, pero era demasiado tarde para detenerlo. Hubo un chasquido de estática y luego una voz resonó por el canal de voz.

—*Filo de daga* a la escucha, *Nolandia*. Diría «bien hallados», pero me temo que vuestros artilleros nos han confundido con dianas de prácticas de tiro.

El timbre de voz y su actitud lo delataban. El comandante de la fragata era sin duda un legionario, puesto que pocos humanos se habrían atrevido a mantener aquel tono desafiante en tan clara posición de inferioridad. Y también había un leve tono de cansancio que no podía ocultar.

—Son tiempos peligrosos —contestó Garro—. Perdónenos si somos precavidos.

—¿«Precavidos», dice? Como desee. ¿Quién soy yo para juzgar si se ven amenazados por un puñado de naves de carga? De cualquier modo, estamos listos para seguirlos de vuelta a Terra cuando lo consideren oportuno.

Garro sonrió ante aquella pulla, aunque Khorarinn no pareció encontrar la gracia en aquellas palabras.

—Soy Nathaniel Garro. ¿A quién me dirijo?

—¿Garro? —dijo aquella voz mostrando sorpresa—. Nos dijeron que Typhon había acabado contigo… Le hablas al pobre desgraciado que se ha convertido en el comandante de esta terca flota de desesperados y agotados. Soy Macer Varren, anteriormente un hijo de Angron.

—¿«Anteriormente»?

—Intentó asesinarme. Creo que eso da una idea clara de que he cortado todo lazo con mi padre.

Garro hizo un rápido gesto con la cabeza al oficial de comunicaciones para que silenciara la señal y miró a los otros.

—¿Lo conoces? —preguntó Khorarinn.

—Sí, por su reputación. Un capitán de compañía con una imponente hoja de servicios. Ganador frecuente en los pozos de gladiadores. Un luchador duro, pero dicen que además es uno honorable.

—Un raro elogio para uno de los berserkers de Angron… —apuntó Rubio.

—No me interesan ni la cuenta de sus muertes ni sus laureles. ¡Restablezcan el canal!—gritó el custodio—. Capitán Varren, soy Khorarinn de la Legio Custodes,

líder de esta misión. La *Filo de daga* y todos los elementos adscritos a su flota deberán mantener sus posiciones y permanecer con los motores apagados. Cualquier desobediencia será respondida con una represalia inmediata. ¿Comprende lo que he dicho? No proseguirán hacia Terra.

—¿Qué? ¿Qué idiotez es esa? ¿Nos retenéis aquí como si fuéramos enemigos?, ¿nos amenazáis?

—Capitán Varren…

Antes de que Garro pudiera añadir más, Khorarinn lo interrumpió.

—Su estatus como amigo o enemigo es incierto. Los Devoradores de Mundos han quebrantado la ley imperial y han conspirado en contra del Emperador. Su legión está aliada con el Architraidor.

—¿Y os creéis que ignoramos todos esos hechos? ¿Por qué otro motivo estaríamos aquí si no? ¡He desafiado a mi primarca para escapar de la sombra de su traición! ¿Tenéis siquiera idea de lo que eso significa?

—Es claro que Varren y sus compañeros han sufrido mucho para llegar a Terra, algo que conozco muy bien —intercedió Garro—. Quizá si pudiéramos hablar cara a cara esta situación se aclare para todos nosotros.

—Podemos tomar una nave de desembarco que nos lleve hasta la *Filo de daga* —ofreció Rubio.

—Conforme —contestó Varren—. Venid, y atreveos a llamarme traidor a la cara…

El chasquido del corte del canal resonó en el puente.

—No tenías derecho a hacer ninguna oferta —dijo entre dientes Khorarinn.

—¡No teníais derecho a provocarlo! —respondió Garro—. Pero si teméis que pueda tratarse de una trampa, sois libre de permanecer a bordo de la *Nolandia*.

—Muy bien —dijo Khorarinn tras una larga pausa—. Adelante.

[redacted]

La nave cruzó la mandíbula abierta que era la compuerta de la cubierta de aterrizaje de la fragata haciendo crepitar la barrera de vacío, la membrana energética que

mantenía apartado el frío beso del espacio y que conservaba íntegra la atmósfera interior de la *Filo de daga*. El piloto de Khorarinn aterrizó en una de las plataformas vacías con un movimiento suave y preciso. Los cañones láser discretamente situados bajo las alas a semejanza de las de un águila se dirigieron hacia las figuras reunidas en la cubierta.

La rampa de desembarco se desplegó y Garro fue el primero en bajar por ella, con Rubio y el custodio tras él.

Unas pesadas sombras ocupaban casi todo el muelle. En el frío aire flotaba una densa sensación de oscuro presagio: eso Garro pudo leerlo en los ojos del personal de a bordo que se asomaba desde las galerías de mantenimiento superiores que había ido a presenciar su llegada, todo él silencioso y lúgubre. A todos aquellos hombres les inquietaba la decisión que podrían transmitirles: no había nadie en aquella flota de refugiados que no temiera el destino que podían reservarles las decisiones tomadas en la lejana Terra.

—Capitán Garro —dijo Varren aproximándose—. No pareces un hombre muerto.

—En muchos aspectos, hermano, ciertamente soy un fantasma.

—Nunca he visto una servoarmadura como la tuya hasta ahora. ¿Eso es lo que los fantasmas os ponéis para el combate?

Garro dejó escapar una suave risa.

—Se podría decir que sí.

El devorador de mundos avanzó de entre el grupo de legionarios reunido y le ofreció la mano según la vieja manera de saludo entre guerreros. Garro la aceptó, y se dieron un apretón, la mano de cada uno aferrando la muñeca del otro, mirándose directamente a los ojos.

Varren era sin duda alguna un guerrero de la XII Legión. Su servoarmadura blanca y azul estaba erosionada tanto por los combates como por el tiempo, y lucia pergaminos con juramentos escritos y emblemas honoríficos junto a salvajes cortes y daños por impactos que a su manera eran también tributos. Una pesada espada de energía con una guarda claveteada colgaba de su cadera a la altura idónea para poder desenvainarla rápidamente: una callada advertencia de que no se le debía considerar impotente. Su cara era como un puño apretado, con los ojos profundos

y ardientes. Los remaches de las décadas de servicio y los tatuajes de victorias la recorrían junto a las líneas de viejas cicatrices que narraban la brutal historia de su vida.

Garro sintió que a su vez Varren también lo medía en el largo momento que transcurrió antes de que el devorador de mundos soltara su brazo.

—¿Qué tal la pierna? Oí que la perdiste luchando contra los cantores de guerra. Esas malditas prótesis no están a la altura de la carne y el hueso, ¿verdad?

—Eso es cierto. Pero me permite andar, y si puedo andar puedo luchar, y si puedo luchar…

—…puedes ganar —concluyó Varren con satisfacción; por segunda vez Garro rió, sintiendo simpatía hacia el capitán—. ¿Y estos quiénes son? —preguntó haciendo un gesto con la cabeza hacia los otros.

—El hermano Rubio es mi compañero. Y ya has hablado con Khorarinn…

Varren deliberadamente ignoró al custodio, volviendo la cabeza primero hacia el psíquico.

—Un segundo espíritu en armadura gris fantasmal… Pero tú no eres un guardia de la muerte. El misterio aumenta.

—Ambos servimos a lord Malcador —contestó Rubio.

—¿Y éste es quien nos retiene aquí? —dijo Varren sin más dirigiéndose a Khorarinn.

—Estamos en medio de una guerra civil, devorador de mundos —contestó éste—, y tú luces los colores del bando equivocado. Agradece que no os hiciéramos saltar en pedazos en el mismo momento de vuestra llegada.

Los oscuros ojos del guerrero de la XII Legión brillaron con furia al contestar.

—¿Esa es la gratitud que se muestra a los auténticos hijos del Imperio, a los hombres que se niegan a seguir a sus hermanos cuando estos le dan la espalda? Hemos mantenido nuestros juramentos, custodio, y eso debe valer algo.

—Tú habrías hecho lo mismo en circunstancias inversas.

Varren dejó escapar una dura carcajada.

—No, yo te habría matado y habría zanjado el asunto —inmediatamente se giró hacia Garro, y en sus ojos se podía ver que buscaba a alguien en quien pudiera confiar—. Nuestro viaje de regreso ha sido una lucha dura, hermano. Perdí a muchos de mis mejores hombres frente a los Devoradores de Angron. Pero seguimos tu ejemplo y conseguimos huir.

—¿Se os unió alguien?

—Sí… pero han perecido más de los que han sobrevivido. Un puñado de devoradores de mundos… devoradores de mundos *leales*… siguen conmigo a bordo.

Garro dirigió la mirada hacia el grupo de guerreros que permanecían en la penumbra detrás de Varren. Su mirada mejorada genéticamente le permitió ver que había más colores de servoarmaduras que los de la XII Legión. Khorarinn también lo vio.

—¿Quién más está contigo? ¡Exijo que se muestren! —espetó el custodio.

Varren lo miró sonriendo en una mueca ante aquella orden.

—Ven a conocerlos, entonces. O quédate en la nave si sospechas que es una emboscada.

Rubio había sentido la presencia de los demás legionarios en el momento en que había puesto un pie fuera de la nave de desembarco, sus mentes protegidas como llamas parpadeantes al abrigo del viento.

Intencionadamente había limitado la potencia de sus habilidades psiónicas, independientemente de que algunas de ellas aún estaban lejos de haber recuperado su antiguo nivel. Le resultaba difícil avanzar tan lentamente en la recuperación de sus poderes como codiciario, pero tras la advertencia de Garro sobre el planteamiento inflexible del custodio, comprendió que emplearlas abiertamente sólo añadiría tensión a la ya difícil situación.

Entre los marines espaciales refugiados Rubio sintió a otros devoradores de mundos de carácter similar a Varren, y entre ellos a astartes de otras dos legiones.

Varren hizo un gesto a las más cercanas de aquellas figuras, legionarios blindados con servoarmaduras púrpura finamente labradas y festoneadas con artísticas filigranas doradas.

—Éste es Rakishio, antes de la III Legión.

—Los Hijos del Emperador… —dijo Garro para sí.

Rakishio y sus hermanos de combate inclinaron la cabeza en saludo, y Rubio pudo comprobar que sus servoarmaduras mostraban daños de fuego de bólter.

—Aún lo somos —dijo el hijo del Emperador—. Para nuestra vergüenza nuestro primarca Fulgrin no desea que la legión siga siendo leal a la gran Terra ni a su padre. Estamos marcados por su traición…

—¿Algún otro guerrero de la III Legión logró escapar de Isstvan? —preguntó Garro—. El capitán Saul Tarvitz y yo éramos hermanos de honor. ¿Vive aún?

—No sé decirte —contestó Rakishio, antes de intercambiar una mirada con el devorador de mundos—. El capitán Varren nos ofreció a mis hombres y a mí una oportunidad para evitar la desgracia. Si no hubiera sido por él, la única alternativa honorable que nos habría quedado habría sido acabar con nuestras propias vidas.

—Quizá habría sido una mejor elección —terció Khorarinn, quien descansaba la mano en la empuñadura de su espada bólter, en un gesto claro de advertencia—. Los Devoradores de Mundos y los Hijos del Emperador se han declarado a favor de Horus. Pero vosotros aseguráis estar en contra…

Antes de que Rakishio pudiera responder, otros dieron un paso fuera de las sombras para responder por él. Los que en un principio Rubio había tomado por más de los legionarios de Varren vestían armaduras también blancas, pero ribeteadas de rojo. Sobre las hombreras, tan brillante como la sangre recién derramada, lucían el emblema del relámpago de la V Legión.

—Sois muy rápido en vuestros juicios, custodio —dijo con un duro acento el marine espacial que los encabezaba—. Decidnos, ¿qué juicio merecemos los Cicatrices Blancas?

Por vez primera Rubio vio algo cercano a la sorpresa en el rostro de Khorarinn, Los jinetes de los Cicatrices Blancas siempre habían sido de los más devotos

sirvientes del Emperador, y su hijo Jaghatai Khan nunca había demostrado nada que no fuera una lealtad inquebrantable.

—Todos somos igualmente leales —aseguró Varren—. Si no, no estaríamos aquí.

—¿Cómo llegasteis hasta aquí, capitán? —le preguntó Garro.

—Rakishio nos ayudó a asegurar la huida de la *Filo de daga* y algunas naves civiles. Fuimos recogiendo a las demás naves refugiadas a lo largo del perímetro del sistema Isstvan.

—A los afortunados… —dijo Rakishio con pesar en la voz.

—Entonces pusimos rumbo al Segmento Solar —continuó Varren—, con tránsitos cortos, puesto que la disformidad era tan turbulenta que apenas podíamos avanzar unas pocas docenas de años luz antes de que las tormentas nos obligaran a regresar al espacio normal. En un momento dado nos encontramos con Hakeem y sus guerreros.

Siguió explicando cómo las fuerzas de Hakeem se habían separado de su propia flota en la disformidad. Había sido puro azar que se encontraran en el camino de la flotilla liderada por la *Filo de daga*. Juntos, habían trazado el nuevo rumbo y habían llegado al espacio de Terra.

—Nunca he creído en el destino —dijo Rakishio—, pero si tuviera que hacerlo diría que fue una fuerza tal la que hizo que nos encontráramos con los Cicatrices Blancas. Una vez que Hakeem nos ofreció la pericia de su tecnomarine Harouk, pudimos reparar los graves daños de nuestros sistemas de navegación.

El guerrero hizo un gesto hacia uno de los hombres de Hakeem, el que lucía el emblema de la calavera y el engranaje de los iniciados en los ritos técnicos.

—No habríamos logrado llegar hasta aquí sin ellos —confirmó Varren.

En ese momento Khorarinn dio un paso hacia Hakeem, y alzó las manos, inclinando la cabeza. Rubio reconoció la forma tradicional de saludo de Chogoris, el mundo natal de los Cicatrices Blancas.

—*Sayan banu, hata* Hakeem.

—*Sayan* —contestó Hakeem sorprendido—. Conocéis nuestras tradiciones, Khorarinn.

—Sí. Una vez participé en un juego de sangre con los guerreros del gran Khan. Quedé impresionado por el poder de los Cicatrices Blancas.

Rubio no dijo nada, aunque era la primera vez que veía que el pretoriano mostraba algo que se acercaba al respeto por un legionario. Y por un buen motivo: un juego de sangre era una prueba increíble de las habilidades de un guerrero, y cualquiera que hubiera participado se merecía aquel reconocimiento. Cada juego tenía lugar en Terra, y era una infiltración cuyo objetivo era poner a prueba las defensas del Palacio imperial contra los asesinos. La Guardia Custodia empleaba constantemente aquellos juegos para medir sus propias capacidades y encontrar puntos débiles en la égida del Emperador.

Rubio vio que Garro hacía un gesto solemne con la cabeza.

—Hermanos, cualesquiera que hayan sido las circunstancias que nos han reunidos, todos estamos de acuerdo en un punto: que permanecemos en el lado correcto de este odioso cisma, y que no importa la insignia de la legión que portemos, nuestro juramento de lealtad a Terra y al Emperador continúa siendo supremo. Creedme cuando os digo que el asunto de vuestra vuelta a casa se tratará de manera rápida y diligente. Nuestro enemigo no se encuentra entre nosotros. Nuestro enemigo es el Señor de la Guerra, y en unidad nos enfrentaremos a él.

—Eso es lo único que pedimos —dijo Rakishio.

Rubio se dio la vuelta para seguir a Garro y Khorarinn de vuelta a la nave de desembarco. Entonces al borde de sus pensamientos, por un instante, sintió… *algo*. Pero al instante siguiente aquello desapareció, y siguió caminando hacia el transporte.

Garro caminaba a lo largo de su camarote, aislado en sus pensamientos. Nadie había dicho una palabra en el trayecto de vuelta desde la *Filo de daga*; la mirada de Khorarinn había permanecido dura e inflexible, sus pensamientos inescrutables.

Ya había variables más que suficientes en aquella situación con las naves civiles y el contingente de Devoradores de Mundos; con la adición de dos grupos de guerreros

más —uno de una legión que se sabía leal, otro de una que se declaraba traidora—, el asunto aumentaba en complejidad.

El sonido de un puño llamando a la puerta lo sacó de sus reflexiones.

—Adelante.

La puerta se abrió y Rubio entró en el camarote.

—Tengo que hablar contigo. Me he asegurado de que nadie me viera venir.

—En la nave parecías preocupado. ¿Qué ocurre, Rubio?

El psíquico frunció el ceño.

—Nos han mentido. A bordo de la *Filo de daga*, cuando nos íbamos, sentí… *engaño*.

—¿Por parte de quién?

—No estoy seguro. Pero alguien en aquel momento estaba desesperado por ocultarnos una información vital —el codiciario dejó escapar un suspiro de frustración—. Hace mucho que no empleo mis poderes de una forma tan sutil. He perdido práctica.

—Haz lo que puedas…

Una señal del comunicador interrumpió la frase de Garro. El capitán se tensó, tocando el control del canal de voz de su gorguera. Estaba recibiendo un mensaje encriptado dirigido directamente al módulo de comunicaciones montado en su servoarmadura.

—¿Quién intenta contactar conmigo? —preguntó al misterioso canal abierto.

—Capitán Garro —crepitó una voz entre restos de ruido blanco—, soy yo, Hakeem. Disculpa el método clandestino de comunicación, pero necesito conversar contigo directamente. ¿Estás solo?

Garro dirigió una mirada a Rubio haciéndole un gesto de que se mantuviera en silencio.

—Podemos hablar en confianza.

—Debo advertirte. Las cosas en la flota no son lo que parecen. He contactado contigo en secreto porque creo que hay aliados del Señor de la Guerra entre nosotros.

—¿Por qué me dices esto a mí en lugar de informar a Khorarinn?

—Él no pertenece a las legiones. El custodio no lo entendería. Pero tú estuviste en Isstvan, Garro. Viste lo que pasó allí. Sabes muy bien de los que Horus es capaz. Y, sobre todo, sabes que esta guerra no se puede juzgar en blanco y negro.

—Eso es cierto… Continúa.

—Creo que Macer Varren es un alma honesta. Es demasiado romo y directo como para esconder ninguna duplicidad. Pero creo que está siendo engañado por Rakishio y los Hijos del Emperador. Siguen a las órdenes de Fulgrim, estoy convencido de ello.

—¿Tienes pruebas?

—No las suficientes para tomar medidas. A Rakishio lo llaman «el Oculto», y ciertamente es muy hábil a la hora de esconder cualquier signo que pueda delatarlos. Pero mis hermanos y yo hemos estado vigilando a los Hijos del Emperador a lo largo de nuestro viaje. Planean algo. Se reúnen en secreto a bordo de una de las naves cisterna, la *Mistral*, y no permiten que nadie más suba con ellos a bordo. Llaman a esas reuniones «logias».

—He oído hablar de ellas —dijo Garro con gravedad.

Las logias estaban en la raíz de la rebelión de Horus, reuniones secretas que se habían extendido de legión en legión, donde se podían sellar nuevos juramentos y dar voz a lo callado. Garro había visto a sus propios guerreros ser atraídos por aquellas asambleas, y sabía muy bien que el Señor de la Guerra las había empleado para preparar su insurrección contra el Emperador.

—Rakishio y sus legionarios han estado actuando de manera sospechosa desde que llegamos al sistema. Me temo que actuarán pronto, a menos que podamos hacer algo para detenerlos —Hakeem hizo una pausa—. Debo terminar esta conversación. Permanece alerta, Garro.

Con un zumbido el canal de voz se cerró.

Las palabras del cicatriz blanca eran profundamente perturbadoras. Si algo así estaba ocurriendo entre los refugiados y llegaba noticia de ello a Khorarinn… Garro no albergaba duda alguna de que el guardia custodio usaría aquella revelación como pretexto para una acción expeditiva. Y se preguntaba cuántos inocentes encontrarían un fatídico destino en el fuego cruzado.

—Debemos ser muy cuidadosos…

—Tenemos que hacernos con el control pronto —respondió Rubio—. Los civiles y la tripulación de las naves de la flota están enfermos y desnutridos, acabaron con sus suministros en la huida. Si no hacemos nada cuanto antes, muchos inocentes perecerán.

—¿Y si aparecemos blandiendo los bólteres y con las espadas en alto? Khorarinn puede que les tenga cierto aprecio a los Cicatrices Blancas, pero tiene un dedo muy ligero apoyado sobre el gatillo: estará más que dispuesto a matar, inocentes o no. A sus ojos, cualquier posible amenaza al Emperador justifica las medidas más extremas.

Entonces, como si su mera mención lo hubiera invocado como a una criatura mitológica, la voz de custodio sonó por el canal de voz.

—¡Garro! ¡Rubio! ¡Presentaos de inmediato en el estrategium!

—Todo el personal de artillería deberá permanecer en sus puestos hasta nueva orden. Se organizaran turnos para cubrir las veinticuatro horas. No podemos permitirnos ni un segundo de distracción. El peligro persiste —el custodio oyó cómo la puerta se cerraba tras Garro y Rubio—. Oficial, prepárese para transmitir por canales de voz y hololitos. Quiero que hasta el último elemento de esa flotilla oiga mis palabras. Sin excepciones.

—Explicaos, custodio —dijo Garro—. ¿Por qué se encuentra la *Nolandia* en estado de alerta de combate?

—Presta atención, guardia de la muerte. Estas palabras son tanto para los refugiados como para vosotros.

Rubio compartió una mirada de preocupación con Garro.

—¿Y Hakeen? —preguntó el psíquico.

—Los Cicatrices Blancas comprenderán la necesidad de mis órdenes —aseguró el custodio antes de empezar a transmitir su mensaje—. ¡Atención! ¡Atención, naves de la flotilla de la *Filo de daga*!

Garro dirigió su mirada a los ventanales del puente de mando hacia las naves de refugiados. La tensión de las últimas horas parecía estar alcanzando su punto de ruptura.

—Todas las naves están obligadas a pasar por un registro exhaustivo —continuó el custodio—. La *Nolandia* enviará grupos de abordaje a cada nave que realizarán una inspección cubierta por cubierta. Sólo cuando dicho examen haya sido completado se permitirá a las naves cruzar la marca del perímetro externo del sistema.

—Llevará semanas realizar esa operación en cada nave… —dijo Rubio.

Khorarinn lo ignoró.

—Esta orden es inapelable. Cualquier resistencia será respondida con fuerza letal. La operación comenzará el tres horas, estándar de Terra. *Nolandia* fuera.

Garro se giró hacia el custodio con la mandíbula apretada.

—¿Es ese vuestro plan? ¿Dejar a esa gente ahí hasta que mueran de hambre y que así el problema se solucione por sí mismo?

—Si los refugiados desean solicitar suministros, pueden hacerlo. Y si tu corazón sangra tanto por ellos, Garro, tú y tu psíquico podéis ir a repartírselos vosotros mismos.

—¡Son vidas de súbditos del Imperio las que despreciáis con tanta facilidad!

—¡Sus vidas no son mi preocupación! ¡La *seguridad* es mi preocupación! ¡La protección de mi Emperador y su trono! ¡Todo lo demás es secundario!

En ese momento una señal de entrada de comunicación comenzó a sonar por el puente.

—Hay una llamada desde la *Filo de daga* —dijo Rubio—. Ya me imaginaba que el capitán Varren no iba a permanecer callado.

—No tengo ninguna intención de hablar con él —respondió el custodio—. Comunicación denegada.

Garro se acercó a Khorarinn, manteniendo la voz baja y fría.

—Lo único que vais a conseguir es hacer que cunda el pánico y el miedo entre los civiles. No son soldados que vayan a saludar y permanecer en silencio. Son gente común, aterrorizada y al límite de sus fuerzas. Si no les dais opción…

—Estás aquí porque he decidido mantenerte informado —lo interrumpió Khorarinn—, no porque quiera tu consejo. No pienses que puedes decirme como cumplir mi misión.

La ira refulgió en la mirada de Garro, pero aquel impulso murió antes de que pudiera darle voz cuando las sirenas de alarma comenzaron a resonar por toda la sala.

—¿Qué ocurre? —preguntó el custodio—. ¡Informen!

—Los sensores detectan un aumento de la energía en los reactores de una de las naves de la flotilla… —dijo Rubio mientras miraba el proyector hololítico—. Confirmado, los motores se han activado. Una de las naves se mueve fuera de formación y está incrementando su velocidad… —su expresión se endureció cuando giró la cabeza para mirar a Garro—. Es una nave cisterna. La*Mistral*.

Ardiendo como soles, los propulsores de la nave la apartaron de la flotilla.

La *Mistral* era una nave fea y pesada. Recordaba a una gigantesca vaina de obús, recorrida por compuertas de anclaje y rejillas de ventilación. Tenía una masa comparable a una fragata del Ejército Imperial, pero ni las capacidades ni la tripulación adecuadas para movimientos de evasión en combate.

El puente de la nave no respondió a las transmisiones por el canal de voz, simplemente aceleró todavía más, hasta alcanzar la primera ráfaga de disparos de artillería de los drones. La nave cisterna recibió los impactos que acabaron en segundos con sus escudos de vacío, pero no dio muestras de tener intención de reducir su velocidad. Al contrario, pareció que aquel ataque había servido para que la tripulación dirigiera más energía a los reactores, en un intento desesperado de atravesar la barrera de fuego defensivo.

Los cañones de la *Nolandia* se movieron con una fluidez letal, buscando a la nave. Khorarinn avanzó a través del estrategium hasta el puesto del oficial de artillería para supervisar el despliegue del armamento. Clavó un dedo en el icono de pantalla que representaba a la *Mistral*.

—Quiero una solución de disparo en esa nave. Preparen una descarga completa de láser cuando la tengamos lo más cerca posible.

—¡Custodio, esperad! —gritó Garro.

—¡Las órdenes eran muy claras, Garro! ¡Esa nave está desafiando abiertamente una orden legítima! ¡Sus intenciones son desconocidas! ¡Y se está moviendo en curso directo hacia los planetas del núcleo y Terra!

—Maldito seáis —dijo antes de activar su propio canal de voz y contactar con la nave refugiada— ¡*Mistral*! ¡Aquí el capitán Nathaniel Garro! ¡Detengan su avance o serán destruidos! ¡Deben apagar sus motores *ahora*!

Rubio alzó la cabeza bruscamente y se dirigió a él.

—Garro… En esa nave… Hay *algo* allí, oscuro y letal… Escondiéndose. Escondiéndose de *mí*…

—Objetivo fijado —dijo el custodio—. ¡Carguen las armas!

—¡*Mistral*! ¡Si pueden oírme, retrocedan!

—¡Abran fuego!

Lo que siguió fue una desproporcionada demostración de fuerza.

Un único disparo habría sido suficiente para atravesar el blindaje de la nave cisterna y destruir sus reactores. En lugar de eso, la andanada de luz letal que partió de la *Nolandia* desintegró por completo a su objetivo. El vuelo de huida desesperada de la*Mistral* terminó en una breve nova que tiñó con un brillo rojo sanguíneo los cascos de las otras naves que permanecían tras la *Filo de daga*. Los fragmentos de metal al rojo blanco y las nubes de plastiacero vaporizado permanecieron como una nube de radiación y fuego de plasma en medio de la oscuridad.

Los cañones de la *Nolandia* volvieron a sus posiciones previas, una vez impartida su terrible lección.

Por un momento, un pesado silencio recorrió el puente de mando. Entonces Garro comenzó a avanzar hacia el custodio a la vez que agarraba la empuñadura de *Libertas*.

—Los habéis matado…

Rubio se interpuso en su camino y lo agarró de la muñeca antes de que pudiera desenvainar.

—Capitán, no lo hagas…

Khorarinn se giró hacia ellos.

—No, capitán, por favor, *hazlo*. ¡Por favor, desafíame una vez más para que pueda enviarte al calabozo y completar mi misión sin más interferencias!

—¡Habéis forzado esa situación, igual que hicisteis con Varren! —gritó Garro—. ¡No era necesario destruir la nave! ¡Había tiempo suficiente para que Rubio y yo nos teleportáramos a bordo y tomáramos el control!

—Quizá. Pero yo no puedo confiar en vagas suposiciones, Garro. ¡O hay obediencia, o hay anarquía! ¡Orden o caos! ¡Di a esos necios una advertencia clara, y me han ignorado por su cuenta y riesgo! —el guardia custodio avanzó y apartó a Rubio a un lado hasta que quedó a un palmo de distancia de Garro—. No hay lugar aquí para la confusión. ¡Y ahora cada nave de esa flota entenderá, igual que vosotros dos entenderéis, que todos aquellos que no obedezcan sufrirán el mismo destino!

La *Filo de daga* era una nave antigua, antigua ya al comienzo de la Gran Cruzada, veterana de muchas guerras. La nave había sido forzada hasta sus límites cientos de veces a lo largo de su existencia, y aquel iba a ser su viaje final, una última carrera heroica a través del vacío al frente de aquellos que habían permanecido fieles a sus juramentos. Un peregrinaje, si alguien se atreviera a emplear esa pía palabra en el corazón del imperio secular de Terra.

Todo aquello en vano, al parecer. La nave nunca alcanzaría Terra. Se oxidaría y se corroería allí, entre los asteroides de hielo, por siempre a la vista de su destino pero vetado su avance.

Macer Varren no pensaba en tales términos. Su aguda mente marcial no se permitía plantearse aquellas tristes imágenes. Vivía en el momento, segundo a segundo. Y lo devoraba la ira. No había luchado por volver a Terra para acabar de aquella manera, para ver sus naves destruidas, su libertad encadenada. Tal era su furia, que a punto estuvo de pasar por alto la figura que lo esperaba en las sombras del corredor.

—¡Muéstrate si no quieres recibir el disparo de un bólter!

—Hermano Varren…

El bólter del devorador de mundos ascendió en un parpadeo, su cañón firme a escasos centímetros de la cara de Garro.

—No te atrevas a llamarme así. Debería matarte ahora mismo. ¡No tienes derecho a aparecer aquí! ¿Cómo has entrado en la nave?

—Las cubiertas de embarque terciarias de la *Filo de daga* están pobremente vigiladas. Y me he asegurado de que la *Nolandia* no haya detectado nuestra salida.

—¿«Nuestra»?

—Rubio espera abajo, guardando nuestra nave.

—Así que no os envía Khorarinn…

—He ignorado sus órdenes abandonando la nave. Tenía que volver, Varren, para que pudiéramos hablar claro.

—¿*Claro*? ¡Ese cabrón de armadura dorada ha aniquilado una nave desarmada y no lo has detenido! ¿He sido lo bastante claro? ¡Si la *Filo de daga* no estuviera tan dañada te juro que la habría lanzado contra el puente de mando de esa nave para empalar con ella a ese bastardo!

—Créeme, intenté evitarlo. Pero Khorarinn es inflexible. Os considera traidores a todos los efectos.

—Pero no a los Cicatrices Blancas, ¿verdad? Al resto de nosotros se nos podría ahorcar, pero no a los hombres de Hakeem. ¿Es eso justo? ¿Es eso acorde a la Verdad Imperial?

—Los hijos del Khan han demostrado su lealtad en este cisma…

—…y a todos los demás se nos considera corruptos por lo que ha hecho la mayoría. Tú sabes lo que es eso, estoy seguro —los ojos de Varren se ensombrecieron, como llegando a un punto de agotamiento—. No estoy hecho para esto, Garro. Soy un asesino, ¡un carnicero! ¡No soy una matrona que sepa cómo proteger a todos los débiles que se han reunido a su alrededor buscando quien los defienda! ¡Sé dirigir a guerreros, no a civiles asustados! —sus manos se cerraron en sendos puños— Maldito sea Horus Lupercal. Malditas sean su traición y sus falsas promesas. ¡Si no hubiera abierto esta brecha entre las legiones no estaríamos aquí! ¡Nadie tendría que morir en vano!

—Te entiendo, hermano. El Señor de la Guerra ha vuelto guerrero contra guerrero. Los juramentos grabados a sangre y fuego se han roto. Su traición ha proyectado una oscura sombra sobre el Imperio, una que amenaza todo aquello por lo que hemos trabajado, por lo que hemos luchado, por lo que hemos muerto. Todo ha cambiado, Varren. La confianza no es más que cenizas. Hombres como el custodio son los que ahora despuntan, hombres despiadados con demasiado que perder y una visión demasiado estrecha para ver la complejidad de lo que se presenta ante ellos —dio un paso adelante, ofreciendo su mano en un gesto de amistad—. Debemos luchar juntos para acabar con esta espiral de sospecha, descubrir la verdad antes de que la desconfianza de Khorarinn provoque un baño de sangre aún mayor.

Varren permaneció en silencio unos segundos, antes de volver a hablar con un tono cansado.

—¿Qué verdad?

Rubio esperaba junto a la nave ligera clase Arvus, con la mirada en el piloto de ojos vacíos que permanecía en la cabina. El esclavo-máquina era un servidor entrenado para navegar en aquel transporte, pero lobotomizado de manera que era incapaz de ningún otro proceso mental o interacción. Para el psíquico había sido relativamente simple hacerse con el control de su programa cerebral y ordenarle que los llevara hasta la fragata. Tras la destrucción de la nave cisterna, el espacio alrededor de la nave de guerra estaba lo bastante saturado de energía y escombros como para haberlos mantenido ocultos a los escáneres. A baja velocidad, había sido posible realizar el tránsito de una nave a la otra sin ser vistos. Volver ya sería otra cuestión.

El codiciario no creía que fueran a ser capaces de atravesar silenciosamente la red de la *Nolandia* una segunda vez.

Se retiró bajo las sombras que proyectaban las alas de la Arvus, donde la única luz provenía del arcano resplandor de su capucha psíquica. Aquel leve fulgor bañaba su cara con fríos susurros de energía, sus habilidades concentradas en hacerlo a él y al transporte invisibles a las miradas casuales.

Sus habilidades estaban cerca de volver a su máximo potencial, al poder que habían alcanzado antes del Edicto de Nikea. Para Rubio era como estar mirando a una imagen fija de la que sucesivamente se retirasen capas y más capas de niebla. Con algo de tiempo —poco— sus dones estarían de nuevo en su cúspide.

—Otra vez…

Rubio no se dio cuenta de que había susurrado. La impresión de algo oculto y peligroso, el mismo rastro efímero que había sentido a bordo de la *Mistral*, había reaparecido súbitamente allí, en aquel mismo instante…

El psíquico dio un paso adelante, pero vaciló. Garro le había ordenado guardar la Arvus mientras él intentaba localizar a Varren, pero aquella inactividad lo desesperaba. Sabía que habían arriesgado mucho para llegar hasta allí, y permanecer sin hacer nada parecía más bien una debilidad.

No podía esperar al regreso de Garro: la impresión que había sentido comenzaba a disolverse. No podía ignorarla. Apretando la mandíbula, Rubio dirigió una última mirada a la nave ligera antes de comenzar a andar con decisión hacia las profundidades de la *Filo de daga*.

Garro estudió cuidadosamente la expresión del guerrero. Sabía que con una palabra equivocada, con el más mínimo gesto de duplicidad, el devorador de mundos se volvería en su contra. Los hijos de Angron elegían la violencia como la herramienta principal para todo, y era obvio que los eventos del día habían hecho que la paciencia de Varren fuera fina como el papel.

—¿En quién confías, Varren?

—En mis hermanos —contestó inmediatamente el devorador de mundos sin rastro de duda.

—En los que vinieron contigo, pero no en los que se quedaron junto a Angron…

—No juegues conmigo. Ya sabes lo que quiero decir. No es fácil ver el juramento por el que has vivido roto por aquellos a los que llamabas hermanos.

Garro asintió con gravedad.

—Lo que Horus ha hecho… ha cambado las legiones de maneras que aún no podemos comprender. Ha roto algo que no podrá recomponerse. De ahora en adelante, hasta que el último de nosotros perezca, siempre habrá duda en la mente de cualquier legionario cuando mire a uno de sus hermanos. Cada uno nos preguntaremos, aunque sólo sea por un momento, «¿Habrá traicionado mi hermano al Emperador?». Sabemos que somos capaces. Una astilla de sospecha residirá en nuestros corazones para siempre—Garro hizo una breve pausa para mirar más atentamente a los ojos del guerrero—. Dime, Varren, ¿qué sabes de las logias?

La expresión del devorador de mundos se convirtió en una mueca de desprecio.

—¿Esa idiotez de los davinitas? Un absurdo. Prohibí a mis hombres formar parte de ellas. Las reuniones secretas en alcobas oscuras son algo para petimetres de la corte imperial, no para marines espaciales.

Garro asintió de nuevo. Él había rechazado las logias por motivos similares, y como Varren había pagado el precio de permanecer solo.

—¿Y qué hay de Rakishio? ¿Está de acuerdo contigo?

—¿Me preguntas si confío en él? Como todos los Hijos del Emperador, es soberbio, pero pon una espada en sus manos y se convierte en un huracán de cuchillas. Habría muerto una docena de veces sin no fuera por él. Y encontró la forma de sacarnos a todos de Isstvan, perdiendo a muchos de sus hombres por ello. Sí, ha sangrado por mí: confío en él.

—En estos tiempos turbulentos es bueno saberlo…

Garro se dio la vuelta mientras echaba mano a la empuñadura de su espada para encontrarse con el guerrero de púrpura al que ninguno de los dos había oído acercarse.

—¿Cuánto has oído?

—Lo suficiente. Primero tú y el custodio nos amenazáis y luego masacráis inocentes. ¿Y ahora regresas para arrojar dudas sobre nuestro honor? ¡Esperaría ese comportamiento de un mortal, pero no de uno de los nuestros, Garro! —Rakishio golpeó con su puño la dorada *aquila* palatina de la coraza de Garro, haciendo resonar la ceramita con el impacto—. ¿Acaso no recuerdas lo que este símbolo que luces significa? ¿Lo olvidaste cuando perdiste los colores de tu legión?

—¡No lo he olvidado! ¡Y no necesito probar nada frente a ti ni frente a ningún otro! No tuve nada que ver con la destrucción de la *Mistral*. Pero quizá *tú* puedas explicarnos por qué abandonó la formación.

Aquella pregunta pareció tomar por sorpresa al guerrero.

—¿Me estás acusando de algo? Pregunta a Khorarinn, ¡sus palabras hicieron cundir el pánico! ¡Y ahora nos grita órdenes como si fuéramos neófitos!

—¿Qué órdenes? —preguntó Garro.

—Por eso es por lo que he venido aquí —dirigiéndose a Varren, continuó—. Capitán, el custodio demanda que representantes de todas las legiones se reúnan en la cubierta de desembarco para recibirlo.

—¿Hasta cuándo va a poner a prueba nuestra paciencia? —Varren se giró hacia Garro—. ¿Quiere que depongamos nuestras armas?

—Juro que no sé nada de esto —dijo Garro.

—Entonces no nos queda más opción que ir a recibirlo…

Garro era consciente de las miradas que le dirigían los demás legionarios reunidos. Algunas eran de sorpresa, otras de frío desprecio, otras de abierto rechazo. No permitió que su expresión lo traicionara, pero bajo la máscara de su rostro se sentía

incómodo. Aquellos guerreros lo acusaban de la acción contra la *Mistral* de la misma forma que al guardia custodio, y le hacían sentir el aguijón de la culpa.

Por más que lo pensara, Garro no podía aceptar que la brutal ejecución de la nave estuviera justificada. Él mismo no era alguien que renunciara a tomar decisiones duras —había tenido que tomar muchas así como legionario y como comandante—, pero nunca había sido despiadado. Aquel pozo oscuro y frío de resolución que parecía existir en el corazón de algunos hombres no existía en él. Y deseo que nunca existiera.

Garro dirigió su mirada a la compuerta de la cubierta, esperando a que sus inmensos engranajes comenzaran a moverse. Pero pronto se dio cuenta de que Khorarinn había optado por una entrada diferente, mucho más impactante. En el centro de la cubierta, una refulgente gota de energía esmeralda comenzó a condensarse de la nada. De su interior desprendió látigos de luz, bosquejando una esfera en expansión de su mismo fulgor.

—¡Atrás! —gritó Rakishio—. ¡Despejad el área!

Todos reconocieron los signos de una teleportación. Cualquiera que se mantuviera en las inmediaciones del aura de desplazamiento se arriesgaba a ser absorbido, a fundirse con los viajeros en una masa deforme.

Garro se cubrió los ojos cuando un orbe viridián irrumpió en la existencia en medio de la cubierta con los fantasmas de más de una docena de figuras en su interior ganando solidez y dimensión.

—¡Atención! —gritó Khorarinn cuando la esfera de teleportación se difuminó en el aire.

—¿Qué significa todo esto? —le preguntó Varren.

Khorarinn avanzó, dejando atrás al grupo de soldados navales en traje de combate completo que lo acompañaban, con su espada bólter ya desenvainada.

—¡Si cualquiera de vosotros toca un arma será considerado enemigo del Emperador! —sus ojos se encontraron con los de Garro e hizo un gesto de desprecio—. Por supuesto. Debí imaginar que estarías aquí con ellos. ¿Te has traído también al brujo mental? Bueno, no importa: me ocuparé de vosotros más tarde.

—¡Vine aquí a corregir vuestro error, Khorarinn! —gritó a su vez Garro.

—Eres tú quien está en un error. ¡Escuchadme todos! He venido a asumir el mando directo de la flotilla. Os someteréis a mi autoridad, en nombre del Emperador.

—No pienso permitirlo —sentenció Varren.

—No vas a poder impedírmelo.

—¿Tú crees? Vuelve a tu nave a por unos cuantos pelotones más de esos soldaditos, y *quizá* empiece a tomarte en serio…

El guerrero de rojo y oro hizo con un gesto a un adepto del Mechanicum que se ocultaba entre los soldados, el cual se acerco lentamente sobre sus pies de hierro.

—Parece que eres el bárbaro estrecho de miras por el que te había tomado. ¡No se trata de una cuestión de honor, Varren! ¡Se trata de una cuestión de *hechos*! ¡Se trata de la *verdad*! —inmediatamente se dirigió hacia el adepto—. Muéstraselo.

El adepto del Mechanicum comenzó a manipular un hololito portátil, proyectando con él una imagen granulada por encima de sus cabezas. Garro reconoció lo que parecía el puente de una nave civil, con el halo de una serie de datos a su alrededor.

—Después de que la *Mistral* fuera interceptada, envié un equipo de reconocimiento del Mechanicum para que revisara los restos de la nave. Sus drones recuperaron su archivo central. En él se conservan sus últimos momentos.

—¿Y por qué nos los mostráis? —preguntó Hakeem al custodio.

—Vedlos, e iluminaos.

Fue como si súbitamente se hubiera extraído toda la atmósfera de la cámara y ninguno de los presentes pudiera siquiera respirar. En el hololito, claro como el día, se distinguía la figura de un legionario con una servoarmadura completa. Empuñaba una pesada pistola bólter, y en aquella grabación se lo veía recorrer el puente de mando de la *Mistral*, ejecutando metódicamente a un tripulante tras otro.

—Eso es… —comenzó a decir Rakishio horrorizado— ¡eso es imposible!

Garro sintió como si la sangre se le helara en las venas y una sensación terrible y familiar lo abrumó: un horror que lo hacía sentirse enfermo ante la visión de una

carnicería tal llevaba a cabo por las manos de uno de sus hermanos. Ya había sido testigo de algo así en Isstvan, y luego en Calth, todo ello bajo órdenes de Horus.

Con toda la tripulación del puente muerta, el guerrero de la grabación se acercó al timón de la nave y tirando de una palanca imprimió más velocidad a sus motores. Entonces, casi como si hubiera estado a punto de olvidarse de algo, el legionario dirigió su mirada hacia el sensor que estaba registrando las imágenes. Alzó su arma, e inmediatamente la imagen quedó en negro.

Khorarinn extendió el brazo con el que aferraba su espada, apuntando con ella, su cara vibrante de ira.

—Para que conste oficialmente: el asesino lucía el púrpura y el oro de la III Legión, y por tanto declaro a Rakishio y sus guerreros… ¡traidores!

Rubio dejó la mente en blanco, caminando por las cubiertas medias de la fragata, con un grado de sigilo que nadie habría creído posible en un legionario cubierto con una servoarmadura. Sabía cómo hacerse invisible cuando era necesario, y conocía bien aquel tipo de naves; había pasado muchos años a bordo de ellas en las flotas expedicionarias de los Ultramarines durante la Gran Cruzada.

En el nivel ocho estaban las barracas de las Legiones, normalmente ocupadas por docenas de escuadras de guerreros, allí prácticamente vacías. Los devoradores de mundos, los hijos del Emperador y los cicatrices blancas compartían aquellos compartimentos, pero Rubio sólo se encontró con servidores sin mente ocupados en sus tareas programadas.

Al psíquico le preocupaba que su intuición lo hubiera llevado hasta allí. Cuanto más avanzaba, más clara era aquella sensación que había percibido anteriormente, y más intensa era su preocupación. Deseaba con todas sus fuerzas estar equivocado, por mucho que supiera que no era así. Se permitió un breve instante de pesar, y luego continuó avanzando firmemente, ahogando sus sentimientos.

Siguiendo la sombra mental a través de los camarotes, llegó a la taquilla de una de las salas de armas. Tuvo cuidado de no desordenar los trapos de limpieza, las latas de polvo para pulir y el resto de utensilios para el mantenimiento de los equipos de combate. Lo que estaba a punto de hacer era una violación de los efectos personales de un hermano de batalla, un insulto grave que ningún legionario dejaría pasar por

alto. Pero Rubio no tenía opción: había llegado hasta allí, así que extendió la mano hacia el cierre de la taquilla.

Los soldados que habían acompañado a Khorarinn se habían llevado sus armas al hombro, pero vacilaban: algunos apuntaban a Rakishio y a sus hombres, pero la mayoría dirigían los cañones a un lado y a otro, intentando cubrir todos los grupos de legionarios allí reunidos. En otro tiempo y lugar, un acto así habría tenido una respuesta violenta e inmediata, pero en aquel momento la atención de aquellos guerreros estaba muy alejada del custodio y su escolta.

—Rakishio, explícanos lo que hemos visto —dijo Varren—. ¡Ahora!

—No… no sé decirte. ¡No lo sé! Todos mis guerreros están aquí, ¡no sé quién era ese!

—Algún tipo de ilusión —aventuró Hakeem—. ¿Un impostor, quizás?

—No —respondió firmemente Khorarinn—. Los adeptos me aseguran que las imágenes son genuinas. Se necesitaría una habilidad increíble para falsificar ese tipo de registro. Las considero auténticas.

—¿Cuán al detalle las habéis revisado, Khorarinn? ¿Cuánto deseabais que no fueran refutables? —preguntó Garro a la vez que avanzaba hacia el custodio.

—Cuando volvamos a Terra —contestó éste—, pediré a Malcador que te despoje de esa armadura y te entierre bajo los cráteres de Luna. ¡No pienses que tienes derecho a cuestionar mis intenciones, Garro!

—Si lo que hemos visto es cierto… —dijo Varren—. Contéstame, Rakishio, ¿aún sirves a Fulgrim? ¿Te has apartado del Emperador?

—¡No, hermano! ¡No! ¡He luchado a tu lado para llegar hasta aquí! ¡Lo sabes! ¡Fulgrim nos traicionó a todos!

—Los Hijos del Emperador se han aliado con el Señor de la Guerra… —dijo Hakeem como si pensara en voz alta.

—Os entregaréis ahora mismo o moriréis. ¡Hago una llamada a todos aquellos leales a Terra para que apunten y abran fuego sobre estos traidores si no se someten!

El ruido de una docena de bólteres alzándose respondió a aquellas palabras.

—¿Hakeem? —dijo Rakishio, incrédulo.

El gesto con la cabeza del cicatriz blanca había sido muy sutil, pero suficiente para que sus hombres hubieran comprendido la orden. Apuntaban con sus bólteres a los hijos del Emperador, listos para ejecutarlos con un disparo en la cabeza. A su vez, los legionarios de Rakishio tenían sus armas listas para devolver el fuego.

—Lo siento, Rakishio —dijo Hakeem—, pero tenemos que hacerlo. No os resistáis.

—No. ¡No! ¡No trajimos los horrores de Isstvan con nosotros! El legado de aquel acto no debe alcanzarnos aquí. Bajad las armas. ¡He dicho que bajéis las armas! —con aquel último grito de furia Varren desenvainó su espada de energía y la cruzó delante de su pecho, retando a cualquiera que quisiera oponerse a su orden—. ¡No hemos atravesado la locura de las tormentas de disformidad para esto!

—Varren, detente —dijo Garro—. ¡No se debe derramar más sangre!

Khorarinn dio un paso adelante, adoptando una guardia con su espada bólter. Clavó su mirada en el devorador de mundos.

—Si quieres morir, capitán, me encargaré de ello. No permitiré que nadie se interponga en mi camino, ni tú ni tus hombres.

—¿Y esperas que te deje ejecutar a Rakishio como a esos pobres desgraciados de la *Mistral*?

—Los hijos del Emperador son culpables. Has visto la grabación. Si los defiendes, eres cómplice.

Garro se interpuso entre ambos guerreros con las manos alzadas.

—Sea lo que sea que sospechéis que es la verdad, Khorarinn, Rakishio sigue siendo un legionario, y responde ante una autoridad superior a la vuestra.

—A menos que se entregue pacíficamente, ese punto es irrelevante.

Un latido más y estallaría el conflicto, hermano luchando contra hermano, legión contra legión… Garro se giró para mirar a Varren, implorándole que se alejara de aquel abismo.

—Varren… A ti te escuchará.

Por un momento, Garro temió que el devorador de mundos escupiera un grito de batalla y se arrojara sobre el custodio. Pero entonces el fuego que ardía en sus ojos pareció remitir, y con una mirada lúgubre, devolvió su espada a su vaina.

—Rakishio, bajad las armas. Te prometo, hermano, que todo se aclarará y que tu honor será restaurado.

Por unos segundos todo quedó en suspenso. Después, con la voz cansada, Rakishio cedió.

—Muy bien. Nos has traído hasta aquí, Varren. Confío en ti.

Hoscamente, los guerreros de la III Legión entregaron sus armas, el grave simbolismo de aquel acto expresado sin palabras.

—¿Satisfecho, custodio? —preguntó Varren con la voz hueca.

—Hakeem —dijo Khorarinn ignorando al devorador de mundos—, tus hombres y tú me acompañaréis a las cubiertas inferiores. Escoltaréis a los prisioneros al calabozo de la *Filo de daga* para su custodia e interrogatorio.

—Muy bien —contestó el cicatriz blanca.

Garro y Varren vieron cómo los guerreros de los Hijos del Emperador recorrían la cubierta de embarque bajo las armas de sus hermanos de los Cicatrices Blancas que los seguían, sus caras como máscaras solemnes.

—¿Así es como va a ser nuestro mundo a partir de ahora?

Antes de que Garro pudiera contestar a Varren, otra voz habló.

—Garro —dijo la voz de Rubio a través del canal de voz—, ¿me recibes? He encontrado algo que debes ver…

Rubio surgió de entre las sombras lanzando miradas precavidas a un lado y a otro del corredor vacío.

—¿No os han seguido?

—Nadie nos ha visto —contestó Garro.

—¿«Nos»?

Varren surgió de las sombras del corredor.

—Si tienes algo que decir, psíquico, me lo tendrás que decir a mí también.

Garro miró a Rubio y asintió.

—La situación ha cambiado, Rubio. Le debemos que sepa la verdad.

Con palabras rápidas y duras, Garro le relató lo que había ocurrido en la cubierta de desembarco. Rubio escuchó primero con preocupación, y después el color fue abandonando sus rasgos, a medida que el horror lo atenazaba.

—¿Y tú, hermano, qué has hallado?

—¿Sabéis lo que es esto?

En la mano sostenía un disco de metal, un poco más grande que una moneda de cinco *aquilas*, de plata repujada con un intrincado diseño en ambas caras. Al girarlo bajo aquella tenue luz los grabados parecían representar el emblema de una luna creciente.

Garro cogió el disco. Por su expresión y la de Varren, era obvio que ambos capitanes sabían lo que aquel objeto representaba.

—Una medalla de las logias —dijo el devorador de mundos—. Sólo un iniciado en sus secretos tendría una de esas. Quienquiera que sea su dueño, es leal a Horus, de eso estoy seguro.

—Lo encontré en las barracas, escondido en una de las taquillas de la armería. Lo… *sentí*, como el rumor de un grito lejano arrastrado por un viento sangriento. Hay un trazo psíquico en ese objeto. La última vez que percibí una mancha de disformidad así fue en Calth, cuando los Portadores de la Palabra nos atacaron

junto a sus bestias infernales y sus cultitas esclavos. Creo que de alguna manera está vinculado psíquicamente a su dueño.

—Esta cosa está helada… —dijo Garro—. Sí, es la marca de la traición.

La medalla parpadeaba mientras Garro la examinaba, como si las líneas de su superficie se reorganizaran como hilos de mercurio. A Rubio le pareció ver un círculo, una línea quebrada, una estrella de ocho puntas, cada forma mutando y convirtiéndose en las otras, una ilusión inconstante.

—No hay duda —dijo Varren, desalentado—. Esto prueba la acusación de traición contra Rakishio y sus hombres. ¡Y yo creí en él!

—Por el Trono, Khorarinn estaba en lo cierto…

Rubio alzó las manos, negando con la cabeza.

—No, no. Lo habéis malinterpretado. La medalla de la logia no pertenece a Rakishio ni a ninguno de los hijos del Emperador. La encontré entre los efectos personales *de Hakeem*.

Garro clavó los ojos en el disco en medio de un silencio desconcertado. Pr un instante, a Rubio le pareció que el grabado que parpadeó en su superficie imitaba al rayo del emblema de la V Legión.

—¿Cómo es posible? —preguntó Garro— ¡Los hijos del Khan son leales a Terra!

—¿Todos ellos? —replicó Rubio—. ¿De la misma forma que todos los hijos de Mortarion y Angron son ciegamente leales al Señor de la Guerra?

—Si Rakishio es inocente… —comenzó a decir Varren.

—…entonces Hakeem no puede permitir que siga vivo —terminó Garro a la vez que arrojaba el medallón al suelo y conectaba el canal de voz—. ¡Garro a Khorarinn!

—Éste no es el camino al calabozo… —dijo Khorarinn.

—Algunos corredores están sellados. La *Filo de daga* fue seriamente dañada en su huída de Isstvan. Pero este camino os llevará a vuestro destino —contestó Hakeem.

Khorarinn dudó, dirigiendo una mirada a los soldados de la *Nolandia* que lo seguían. El amplio compartimento inferior al que habían llegado era uno de los almacenes de la cubierta de suministros ya vacío, sus contenidos consumidos tiempo atrás por los refugiados. No había lugar alguno donde cubrirse, y no había ninguna vía rápida de escape. La mente militar del custodio lo reconoció instantáneamente como lo que era: el lugar perfecto para una emboscada. Aquel pensamiento se instaló en su mente, e instintivamente apoyó la mano en la empuñadura de su espada bólter, en el mismo instante en el que una voz crepitó en el canal de voz.

—¡Garro a Khorarinn! ¡Escuchad! ¡Estáis en grave peligro!

—¿Qué ha dicho? —preguntó Rakishio.

—¿Garro…?

Hakeem no dio tempo al custodio a formular su pregunta.

—¡Matadlos a todos!

Las armas resonaron como truenos, y sobre la superficie oxidada del almacén de carga los destellos del fuego de bólter brillaron como relámpagos.

Los soldados navales cayeron como espigas segadas bajo las hojas refulgentes que les arrancaron arcos de sangre derramada. Fueron masacrados en segundos, sus asesinatos una mera obertura en aquel acto de traición.

El veterano sargento de Rakishio y su portaestandarte fueron los siguientes en morir, ambos con sus cráneos convertidos en una neblina rojiza por el impacto de los proyectiles de bólter. El capitán reaccionó rápidamente, arrojándose sobre el guerrero más cercano en un intento por hacerse con su arma y contraatacar, pero Hakeem lo tenía en el punto de mira y descargó sobre él una ráfaga de tres proyectiles que lo alcanzaron en el muslo y el pecho y lo derribaron sobre la cubierta de hierro. La sangre y los líquidos de la servoarmadura se derramaban entre las grietas de la ceramita. Rakishio luchó contra su pierna inerte por ponerse en pie mientras se arrastraba por la cubierta. En un segundo Hakeem estaba sobre él, con el cuchillo de combate en la mano. El cicatriz blanca seccionó la garganta del otro guerrero como se degüella a un animal.

A su alrededor, los guerreros de los Hijos del Emperador murieron uno tras otro bajo el fuego de bólter, las hojas de las espadas y la sombra de la traición.

Pero Khorarinn no era tan fácil de matar. Los cicatrices blancas habían dirigido su ataque inicial hacia sus hermanos legionarios, antes de volver su atención hacia el guardia custodio. Aquel había sido un error táctico que había permitido a Khorarinn matar a uno de los jinetes de Hakeem, al que había atravesado de parte a parte con su espada bólter.

El custodio se movía velozmente, pero era imposible que esquivara todos y cada uno de los disparos; su pesada servoarmadura absorbió algunos de los impactos mientras intentaba acabar con los traidores uno a uno. Pero las probabilidades estaban en su contra. Khorarinn acabó con la vida de otro de sus oponentes partiéndose el cuello, pero lo estaban acorralando, cerrándose como un nudo corredizo a su alrededor. El custodio había acabado en su vida con suficientes presas como para reconocer el patrón que formaban aquellos cazadores que lo rodeaban. Supo que su vida se medía ya en segundos.

Bajo la siguiente andanada, Khorarinn dejó escapar un aullido de furia y dolor.

Aquellos guerreros eran precisos y mortales con sus armas, como los pacientes jinetes guerreros de las estepas del mundo en el que habían nacido. Cuando la dorada figura cayó al suelo, todas las armas lo apuntaron, a la espera de la orden de ejecución final.

—Esto… esto es traición, Hakeem —jadeó el guardia custodio—. Has renunciado a tu dignidad… ¡Has cubierto de vergüenza a tu legión!

—No, custodio: la he salvado. Horus Lupercal ganará esta guerra, está escrito. Y todos los que se enfrenten a él no serán más que cenizas y huesos. Tú no serás el último.

El último grito de Khorarinn se confundió con la brutal descarga que finalmente lo abatió.

—¿Khorarinn? ¿Custodio, me oís?

Tras un momento en el que sólo se escuchó ruido blanco, Garro silenció el canal de voz y dirigió una sombría mirada a Rubio y Varren.

—La comunicación se ha cortado.

—El custodio está muerto —afirmó Rubio.

—¿Cómo puedes estar seguro? —le preguntó Varren.

—Estoy seguro.

El devorador de mundos sacudió la cabeza, intentando asimilar el giro de los acontecimientos.

—¿Cómo he podido estar tan ciego? Hakeem y los otros, eran cicatrices blancas como otros que he conocido, aunque… había algo distinto en ellos. Pero no le di importancia, pensé simplemente que sería alguna particularidad de su tribu de Chogoris, que tendrían alguna tradición propia, ¡pero era la logia! ¡Lograron ocultármelo!

—Rakishio y sus hombres nunca estuvieron del lado de Horus —dijo Garro—. Todo lo ocurrido con la *Mistral*… era una forma de aislarlos y otorgar a Hakeem y sus hombres más libertad de movimientos.

—Ha estado a las órdenes del Señor de la Guerra desde el principio, es la única explicación. Pero podemos contraatacar. Aún tengo guerreros a bordo de esta nave.

—¿Más que Hakeem? —preguntó Rubio.

—No. Pero si puedo alertarlos…

—¿Cómo? Han bloqueado los canales de voz, estamos silenciados.

—¡Entonces tenemos que movernos ya! —gritó Varren.

—Un momento… escuchad.

El sistema de megafonía de la *Filo de daga* dejó escapar una serie de chasquidos al activarse por toda la nave. La voz que escucharon fue emitida no solo en su interior, sino también a la *Nolandia* y al resto de naves refugiadas.

—Os habla Hakeem, de la V Legión. Tengo tristes noticias. Hace unos momentos el traidor Rakishio, descubierto como espía del Señor de la Guerra, escapó de su prisión junto a sus seguidores y asaltó a mis hombres…

—Ya ha empezado… —susurró Garro.

—… Con profundo pesar, he de comunicar la muerte del estimado guardia custodio, quien ha caído en glorioso combate contra Rakishio y sus traidores. Pero os aseguro que mis guerreros y yo hemos vengado el asesinato de Khorarinn: los hijos del Emperador han sido ejecutados uno a uno. No obstante, el peligro aún no ha pasado. Antes de morir, Rakishio confesó que otros espías se esconden entre vosotros. Tales colaboradores deben ser localizados y eliminados. Por tanto, declaro la ley marcial en toda la flotilla. Los cicatrices blancas cazaremos a tales traidores. ¡No habrá piedad!

—La única verdad de esas palabras es que Khorarinn y Rakishio están muertos… —dijo Rubio con una expresión amarga.

—Debemos contactar con la *Nolandia*. Esta situación se escapará de todo control a menos que actuemos con celeridad —Garro puso una mano sobre el hombro de Varren—. Sé que la sangre te pide luchar, hermano. Conozco tu alma en este momento mejor que ningún otro hombre, créeme. Pero hay más vidas en juego que las nuestras. Necesito tenerte a mi lado.

—Los traidores pagarán por lo que han hecho —contestó Varren entre dientes.

—Eso está fuera de toda duda.

La dura expresión del devorador de mundos no se alteró ni un ápice, pero al final asintió secamente con la cabeza.

—Te seguiré, hermano.

—Por aquí, entonces —dijo Garro poniéndose en movimiento—. Nos estarán buscando. Somos lo único que se interpone ante Hakeem y una traición aún mayor.

Fuera, en la oscuridad, las palabras de Hakeem resonaban en cada nave, su voz el único sonido audible por los canales de comunicaciones.

…declaro la ley marcial en toda la flotilla.

Las tripulaciones de las naves refugiadas habían sido empujadas al borde del pánico con la destrucción de la *Mistral* y la amenaza de la *Nolandia*. En cada nave se desplegó una versión del mismo drama que acontecía en la *Filo de daga*.

En el crucero *Sylvinus*, los refugiados se habían amotinado y toda la tripulación militar había muerto; tras ello, los civiles luchaban entre ellos en contra de toda razón, presas de la inercia del caos. A bordo de la *Tessen*, una barcaza colonial, el motín había sido sofocado, pero la nave había perdido los sistemas de soporte vital y todos los hombres a bordo se estaban asfixiando.

En otras naves, hombres desesperados y aterrados miraban más allá de la red de drones armados y de la nave de guerra, preguntándose si merecía la pena correr el riesgo que había corrido la *Mistral*.

Los cicatrices blancas cazaremos a tales traidores. ¡No habrá piedad!

La anarquía, alimentada con terror, venció, y la flotilla comenzó a dispersarse. La línea de formación que el miedo había mantenido acabó por romperse, y los motores ardieron cuando al menos una docena de naves intentaron escapar a la vez.

El *Sylvinus* aceleró demasiado rápido, impactando contra la *Tessen* antes de que ninguna de las dos pudiera corregir su rumbo. La afilada proa del crucero se clavó en el flanco de la barcaza como una lanza que hubiera atravesado el costado de una bestia. Juntos sangraron plasma y atmósfera al vacío, enormes penachos de gases congelándose inmediatamente como nubes de carámbanos de oxígeno. Ocho mil almas se inmolaron en el fuego de fusión. Su terror las había matado con la misma eficacia que un bólter.

Y la oleada de pánico no hacía más que crecer.

Los artilleros de la *Nolandia* prepararon sus armas y apuntaron, la última orden que les diera Khorarinn aún resonando en sus oídos.

—¡Aquí! —dijo Rubio entrando en la sala.

El centro de comunicaciones de la *Filo de daga* debería ser un hervidero de actividad, con docenas de servidores y tecnoadeptos operando los canales externos

e internos de transmisión y recepción de la fragata; pero aquel compartimento no era más que un matadero sembrado de cadáveres. La sangre formaba charcos sobre la cubierta y goteaba de las consolas de bronce labrado donde había sido derramado desde gargantas degolladas.

—Los hombres de Hakeem han sido expeditivos. Y meticulosos —señaló lúgubremente Varren.

—Esa es la forma en que han sido adiestrados —contestó Garro—. Los Cicatrices Blancas no toman prisioneros.

—Hakeem y los suyos no se merecen ese nombre —dijo Rubio—. El Khan nunca aprobaría lo que han hecho.

—El señor de su legión no está aquí —respondió Varren.

Garro caminó entre los cuerpos, buscando en vano algún superviviente; pero la apreciación de Varren había sido acertada. Se acercó a la consola principal, con su multitud de controles y pantallas. El sistema era mucho más complejo que el módulo de voz de su servoarmadura, y sin un adepto del Mechanicum para hacerlo funcionar no tenía posibilidad de emplearlo. Pero aun así, Garro sabía lo suficiente para imaginarse lo que había ocurrido.

—Todos los canales de comunicaciones han sido bloqueados. Canales de voz entre escuadras, megafonía interna, mensajes nave a nave… Hakeem se ha asegurado de que sólo se puedan escuchar sus palabras.

—¿Y qué hay de los astrópatas? —preguntó Varren.

—No creo que los hayan dejado con vida —intervino Rubio.

—Hakeem podrá comunicar cualquier cosa que se le ocurra y nade podrá rebatirlo —dijo Garro.

—Harouk… —dijo Rubio— el tecnomarine a las órdenes de Hakeem. Seguramente él ha sido el ejecutor de esto.

—Y de más, sin duda —dijo Varren, comprendiendo—. La grabación de la *Mistral*.

—Sí, es lo más seguro. Quizá Hakeem sacrificó a uno de sus hombres para apoderarse de la nave y ordenó a Harouk alterar los colores de la imagen.

Garro consideró por un momento las oscuras implicaciones de su propia suposición. Aislar al contingente de hijos del Emperador de Rakishio sólo habría sido el primer paso de su plan. Si no se le detenía, podría orquestar una serie de eventos que provocaran un caos al que al final sólo sobrevivieran él y sus hermanos. Se imaginó a los traidores cicatrices blancas regresando al mundo-trono sin nadie que pudiera hablar en su contra. Serían libres de contar cualquier fábula que quisieran y ser héroes. Y una vez en Terra, estarían en una posición perfecta para cumplir las órdenes secretas del Señor de la Guerra.

—Estamos dando vueltas sin sentido —dijo Garro—. Hakeem es inteligente, seguro que habrá previsto que vendríamos aquí…

Como si lo hubiera invocado, un canal de voz se abrió.

—Garro… Ésta es la mayor debilidad de la XIV Legión: es tan predecible como el ciclo de las estaciones.

—¡A las armas! —gritó Rubio.

Garro se giro al escucharlo en el mismo momento en que un grupo de guerreros en servoarmadura blanca ribeteada de rojo entraron en la cámara, sus caras ocultas tras los cascos. Se quedó inmóvil, al igual que Varren y Rubio. Los cicatrices blancas los apuntaban con sus armas.

—¿No tienes valor para enfrentarte con nosotros cara a cara, cerdo traidor? —gritó Varren.

—Tengo tareas más importantes. Además, no importa quién te mate, devorador de mundos, con tal de que acabes muerto junto con los lacayos del Sigilita. Ya he ejecutado a los hombres que trajiste contigo. Me alegra que hayas vivido lo suficiente para que seas consciente de que los trajiste a su muerte.

—¡No! —rugió Varren—. ¡Mientes!

—Eso es lo que querrías… ¡Matadlos, y acabemos con esto!

No hay mayor error que empujar a un devorador de mundos al abismo de su ira. Estos no son guerreros que experimenten emociones como otros legionarios. Para ellos, la agonía y la furia son una compañía constante, el aire en sus pulmones y la

sangre que recorre sus venas. Desatado, un hijo de Angron es la rabia hecha carne, todo carnicería y brutalidad, todo odio y venganza.

Un rugido inarticulado resonó por toda la sala.

La provocación de Hakeem había convertido a Varren en un berserker, y cargando a través de la sala de comunicaciones se arrojó sobre la escuadra de cicatrices blancas. Embistió solo, inconsciente de que Garro y Rubio lo seguían para apoyarlo, aunque estos permanecían a cierta distancia para no verse arrastrados por el salvaje frenesí del devorador de mundos.

Garro había oído historias sobre la XII Legión, sobre sus implantes cerebrales bloqueadores del dolor y de su sangriento modo de lucha, pero nunca lo había presenciado tan de cerca. Se sintió turbado al ver tal poder de combate en manos de aquellos que conspiraban por la muerte del Imperio.

Varren mató al último legionario con un tajo de su espada y se detuvo en medio de los restos. Su blanca armadura estaba cubierta de las salpicaduras de sangre.

—No es suficiente… Mis hermanos están muertos… y no es suficiente…

El devorador de mundos respiraba pesadamente entre dientes, murmurando aquellas palabras e intentando recuperar su cordura.

La flotilla se había fragmentado definitivamente. Las estelas de propulsión se iluminaban como antorchas en la oscuridad espacial, y una docena de naves apostaron por una huída hacia la libertad.

Algunas de ellas pidieron clemencia por canales de voz muertos, esperando que sus súplicas detuvieran la mano de los artilleros de la *Nolandia*. Otras recurrieron a sus propias e inefectivas baterías de armas, como si los cañones láser diseñados para repeler piratas locales y asteroides pudieran siquiera arañar el blindaje de una nave de guerra imperial.

Todas esperaban huir de la locura, pero lo único que habían hecho había sido firmar sus propias sentencias de muerte. Desobedecer la última orden del custodio era un suicidio: la única salida que Hakeem les había dejado.

Una tormenta de luz coherente y rayos de partículas partió de las torretas de la *Nolandia*, seguida unos microsegundos después por el fuego de las plataformas autónomas y los drones.

Las barreras de energía diseñadas para repeler basura espacial desaparecieron instantáneamente, débiles escudos de vacío colapsándose en parpadeos de falso color radiactivo. El torrente de brillantez ardiente fundió grietas en los casos y se adentró en los delicados interiores de las naves civiles. El hierro se evaporó, el plastiacero se desintegró, y aquellos que no perecieron en la inmediata ola de calor desatada murieron al ser arrojados al vacío despiadado. Estallando como frutas maduras, los cargueros y remolcadores, las naves cisterna y las de transporte, se convirtieron en globos de luz parpadeante, cenizas metálicas y pecios rutilantes.

[redacted]

En su recorrido hasta la sección de popa, Garro y sus compañeros se habían encontrado con más de los guerreros de Hakeem. Y con ellos, nuevos refuerzos.

—¡Soldados navales! ¡Han vuelto a la tripulación en nuestra contra! —Rubio invocó un fuego blanco que crepitó entre sus dedos, sintiéndose culpable por masacrar a aquellos soldados engañados que quizá creían estar cumpliendo con su deber—. ¡Necios! ¿Por qué luchan en nuestra contra?

—Porque temen más a Hakeem que a nosotros —respondió Garro.

El antiguo guardia de la muerte miró atrás por encima de su hombro. Varren lo seguía, con una expresión siniestra y unos ojos insondables. Una docena de heridas sobre su cuerpo sangraban, pero el devorador de mundos no parecía percatarse de ellas, como si estuviera entumecido.

Garro apuntó con *Libertas* hacia uno de los corredores.

—Por ahí. Podemos llegar a las cubiertas de embarque y tomar una Stormbird. Si logramos escapar y regresar a la *Nolandia*…

—Ese es el plan de un cobarde —gruño Varren.

—Es el plan de un *superviviente*, capitán Varren. Comparto tu dolor, sé que quieres venganza… Pero debemos asegurarnos de que se sepa la verdad de lo que ha ocurrido aquí.

—Entonces escapa tú. Coge al psíquico y huye. Yo pienso recorrer los pasillos y las salas de esta nave hasta que encuentre y mate al último de esos bastardos.

—No sobrevivirás lo suficiente tú solo —dijo Rubio—. Nos superan tres a uno. Y si Hakeem ha conseguido que la tripulación de la*Filo de daga* lo siga convenciéndola de que nosotros somos los traidores…

—¡No me importan las probabilidades! ¡Soy un devorador de mundos! ¡El hijo de un gladiador! ¡Resistiré y lucharé y me vengaré!

—¿Y morirás?

—¡Sin vacilar! ¡Y tú también, Garro! Hakeem sabe lo que vas a hacer. En estos momentos ya habrá apostado a sus guerreros en la cubierta de embarque. ¡No alcanzarás a dar un paso en dirección a una Stormbird sin que un cañón láser te parta en dos!

—Creo que tengo una alternativa —dijo Rubio pensativo, mientras la matriz de cristal de su capucha psíquica refulgía con una luz etérea—. Hay otra opción para salir de esta nave. Si la aprovechamos podremos llegar a la *Nolandia* y detener esta locura. Hakeem pagará por sus crímenes.

—Lo hará bajo el filo de mi espada.

—¿Y eso será suficiente, Varren?¿Tu vida a cambio de la suya? Yo puedo darte la oportunidad de llevar tu venganza más allá. Hasta Horus. Hasta Angron. Pero para eso debes sobrevivir.

Las palabras de Garro parecieron calar en el devorador de mundos: detrás de aquellos ojos hundidos, algo pareció cambiar. Tras un silencio, Varren asintió lentamente con la cabeza.

—Te escucho, psíquico.

—Muy bien. Os lo explicaré por el camino. Por aquí.

Rubio comenzó a moverse y los otros dos lo siguieron.

—Este corredor nos lleva al interior de la nave —dijo Garro—. ¿Qué es lo que buscas?

—Para que podamos vivir más allá de este día debo encontrar el espectro de uno de los muertos recientes… No tenemos mucho tiempo. Los fantasmas se extinguen. Seguidme.

Si la visión de la masacre en la sala de comunicaciones no había sido suficiente, lo que los esperaba en el compartimento de carga acabó de enfermar a Garro. El frío aire parecía adensarse con el hedor cúprico de la sangre y el de la quemadura de la cordita. La cámara estaba tapizada con los cuerpos de los caídos, con los cadáveres de los guerreros de la III Legión descartados allí donde habían caído. Los hijos del Emperador habían sufrido muertes deshonrosas, ejecuciones en lugar de derrotas en combate. La imagen que mejor lo describía era que aquello había sido un sacrifico en un matadero.

—La galaxia se ha vuelto loca —dijo Varren.

Rubio se arrodilló junto a uno de los cadáveres, contemplando el hueco que había abierto en su pecho un proyectil de bólter.

—Disparado por la espalda a quemarropa. Éste murió sin saber siquiera quién lo mató.

Garro había tenido que luchar consigo mismo para aceptar mucho de lo que había visto desde el comienzo de la rebelión del Señor de la Guerra, pero nada le resultaba tan duro como aquello, el horror fundamental sobre el que se basaba aquella insurrección: el hermano asesinando a su hermano, despreciando juramentos de camaradería y honor, matando sin vacilación y sin remordimiento. Simplemente no era capaz de comprender cómo podía haber ocurrido aquello. Y eso lo hacía sentirse vacío, y provocaba la pregunta que resonaba en su interior y para la que no tenía respuesta.

—¿Por qué…?

Rubio se movió de un cuerpo a otro, registrando los nombres de los muertos. Llegó hasta el cadáver de su comandante y se detuvo.

—Rakishio… Le han cortado la garganta.

El devorador de mundos apuntó hacia las sombras, a los cuerpos apilados sobre lo que casi parecía un pequeño lago de sangre derramada.

—Veo algo de oro por allí. Parece que Khorarinn se llevó consigo a algunos de los traidores.

—¿Qué clase de guerra sin honor es ésta en la que se dan estas matanzas? —preguntó Garro—. ¿Es así como Horus pretende luchar por el trono? ¡Este no es nuestro camino! ¡No hay justificación alguna para esto!

—No…

La respuesta de Rubio murió en sus labios cuando se detuvo en seco antes de llegar alcanzar el cadáver del custodio. Giró bruscamente la cabeza y clavó la mirada en la profundidad de las sombras.

—¡No estamos solos!

De entre la negrura del fondo del compartimento surgieron las figuras con servoarmaduras blancas ribeteadas de rojo fuego. Los guerreros de Hakeem restantes a bordo de la *Filo de daga* se había reunido allí para la confrontación final.

—¿Ocurre algo, brujo mental? ¿No nos habías sentido esperaros? ¿Acaso tus poderes preternaturales han sido ofuscados?

Hakeem hizo una señal a uno de sus guerreros, uno que jugueteaba con un medallón plateado entre sus dedos blindados.

Con un gruñido Varren dio un paso al frente y desenvainó su espada, pero delante de él avanzó Garro que ya llevaba *Libertas* en la mano.

—Has hecho esto, Hakeem, a tus propios hermanos. ¿Cómo puedes justificarlo? ¿Cómo puedes vivir con esa carga en tu conciencia?

—Muy fácil. ¿A cuántos legionarios has matado tú, Garro? ¿A guerreros junto a los que habías luchado en años anteriores?

—Demasiados. Pero nunca deseé matarlos. Una parte de mi espíritu se ha perdido por cada uno con el que he luchado.

—Qué sentimental —respondió Hakeem riendo—, no esperaba eso de un guardia de la muerte.

—¡Y yo no esperaba de un cicatriz blanca esta atrocidad! —gritó Garro haciendo un gesto para abarcar la carnicería que los rodeaba—. ¿Por qué, Hakeem? ¡Dime por qué!

El legionario hizo un breve gesto con la cabeza y sus hombres se desplegaron en una línea de combate, bloqueando toda ruta de escape, rodeando a los tres gurreros. Su mirada cambió, se endureció como la de un fanático.

—Ya sabes la respuesta a esa pregunta, Garro. Estuviste en Isstvan III. Viste la determinación absoluta que demostró el Señor de la Guerra, su *visión*.

—¿Es así como lo llamas? —le espetó Varren.

—Horus Lupercal es el primero entre los iguales. Es el Señor de la Guerra. Y si su voluntad es tomar la galaxia, la tomará. Su victoria es inevitable. En incontestable. El vejo orden es cosa del pasado. El tiempo del Emperador se ha acabado.

—¿Cómo puedes creer eso? —preguntó Garro.

—¡Lo creo, porque conozco a Horus! Servimos junto a la XVI Legión, y aprendimos que había mucho que admirar en ella. Compartimos almas similares, el mismo espíritu de resistencia frente a quienes nos acorralan… como vuestro amo el Siglita y el Consejo de Terra. ¿Administradores y contables dictando el destino de reyes guerreros? —Hakeem escupió con rabia—. No permitiremos eso. Las Legiones Astartes son dueñas de su propio destino. ¡Horus nos llevará a la victoria!

—¿Entonces los Cicatrices Blancas han dado la espalda al Emperador? —preguntó Rubio—. ¿Jaghatai Khan reniega de su padre?

—No… Por desgracia, mi primarca aún está cegado por las mentiras del Emperador… Muchos de nuestros hermanos todavía no han visto la verdad que he visto yo. Pero al final lo harán. Y si no…

—El Khan nunca abrazará la causa de Horus. Te han engañado para que creas que puede ser así. Renuncia a esta locura antes de que acabe contigo, Hakeem. Las logias te han mancillado, pero todavía puedes expiar tus actos.

—¿Qué me arrepienta, dices? ¿Cómo si fuera una especie de hereje religioso? —Hakeem estalló en carcajadas—. ¡No pienso traicionar mi palabra! He jurado con sangre. Mis guerreros siguen mi mismo camino. La tripulación de la *Filo de daga* se

ha unido a mí. Vosotros sois los últimos obstáculos —Hakeem bajó su espada hasta que la punta tocó la cubierta y alzó una mano que lentamente cerró en un puño—. Te ofrecería la oportunidad de unirte a nosotros, pero sé que nunca lo harías. Veo lo que eres, Garro. Veo cómo deseas que te bañe la luz del Emperador como si fuera un aura divina. Nunca lo rechazarás. Si, cuando llegue el momento, mis hermanos de la V Legión siguen tu ejemplo, también serán pasados a cuchillo como Khorarinn y Rakishio. Ni siquiera el gran Khan será perdonado si no se arrodilla ante el Señor de la Guerra.

—Estás loco —dijo Rubio.

—¿Lo estoy? El tiempo lo dirá.

Las palabras del guerrero quedaron flotando en el aire del compartimento por un momento que pareció eterno. Finalmente fue Varren quien rompió el silencio.

—Acabemos con esto.

Y con un rugido se arrojó al combate.

A partir de ese momento todo fue sangre y fuego, espadas y bólteres, puños y servoarmaduras, blanco chocando contra gris, sangre saltando en largos chorros y huesos partiéndose: los guerreros del Imperio forjados genéticamente luchando unos contra otros en un combate al que sólo la muerte podía poner fin. Y ese fin parecía cierto, pospuesto unos segundos, minutos como máximo, antes de que los tres guerreros fueran superados y ejecutados por las fuerzas traidoras más numerosas de Hakeem. Aun así, Garro, Rubio y Varren lucharon al máximo de sus capacidades, sin intentar rehuir la lucha ni por un instante.

Aquella confrontación era un microcosmos de la guerra que se estaba librando en la galaxia, una batalla de ideología y lealtad, cada bando convencido de blandir la espada de la verdad y seguros de que aquella arma justificaba cualquier acto cometido. Hermano contra hermano, leales contra traidores, rebelión contra sometimiento. La victoria definitiva nacería de miles de pequeños combates como aquel… o bien daría lugar a una eternidad de pérdida y devastación.

Rubio estaba inmerso en la lucha contra un par de los cicatrices blancas renegados que intentaba rodearlo. Liberó una oleada de energía telequinética que los aplastó contra las compuertas del almacén, pero inmediatamente se encontró con que otro de los hombres de Hakeem se abalanzaba sobre él: Harouk, el tecnomarine.

Un único ojo artificial clavaba su vista desde la cetrina cara del guerrero, y como un arco que sobresaliera de su espalda, semejante a la cola de un escorpión de hierro, un tercer brazo mecánico descendió sobre él. El miembro terminaba en una pesada pinza dentada que chasqueó y le aferró del hombro con un siseante ruido de pistones. La pieza de la servoarmadura de Rubio se resquebrajó y se deformó bajo aquella inmensa presión. En segundos, aquella fuerza astillaría ceramita y plastiacero, aplastando huesos y carne.

Apretando los dientes, alzó la mano y canalizó sus poderes, que se liberaron en la forma de un relámpago psiónico que brotó de sus dedos. El tecnomarine recibió de lleno aquel ataque de energía mental, y murió gritando cuando lo destruyó desde dentro.

Rubio se sacudió del hombro la pinza y miró a su alrededor, preparado para afrontar el siguiente ataque. Antes de que otro adversario lo enfrentara, vio a Garro y a Varren luchar lado a lado en pleno corazón de la refriega.

—¡Varren, a tu derecha! —gritó Garro.

—¡Lo veo!

—No podéis ganar. ¡Rendíos, y os concederé la gracia de una muerte rápida!

Dicho esto, Hakeem se lanzó contra ambos, blandiendo un par de tulvares de energía.

—Te entrego mi vida, traidor, libremente —dijo Varren en medio del entrechocar de las hojas—. Sólo has de pagar el precio.

—¿Que es…?

—¡Que mueras primero!

La hoja del devorador de mundos alcanzó la cara del traidor, cortándole uno de los ojos y haciéndole soltar un grito agónico. Sin embargo, a pesar de toda su furia, los movimientos de Varren eran cada vez más lentos. Su cuerpo lo recorría un sinnúmero de heridas, y ni siquiera un berserker podía soportar tal castigo sin sufrir las consecuencias.

—¡Varren, recupera tu guardia! —gritó Garro.

Incluso medio ciego, Hakeem había visto la apertura en el ataque del devorador de mundos, y cruzó sus hojas para dar el golpe con el que seccionar la garganta de Varren.

—¡No! ¡No dejaré que lo mates!

Libertas refulgió en el aire como un relámpago, bloqueando el golpe antes de que Hakeem lo liberara.

—¡Entonces tú morirás en su lugar, guardia de la muerte! ¡Me llevaré tu cabeza como un regalo para Mortarion!

—¡Y yo pondré fin a la vergüenza de tu traición, en el nombre del Khan!

De nuevo la espada de energía de Garro cruzó el aire con una velocidad cegadora y obligó al traidor cicatriz blanca a retroceder; luchaba con la misma furia desatada que Varren había liberado contra sus enemigos. Con la violencia de sus golpes partió una de las hojas de Hakeem y le arrancó de la mano la otra, arrojándola por los aires. Sentía aquella furia justificada, auténtica.

Hakeem retrocedió hasta alcanzar la línea de sus guerreros, su cara veteada de rojo.

—Ya basta de jugar con espadas. ¡Bólteres arriba! ¡Apunten!

Las armas de fuego resonaron al buscar sus objetivos.

—¡Garro, Varren! ¡Conmigo!

Garro se giró y vio a Rubio acuclillado sobre el cadáver de Khorarinn, su mano sobre el pecho del custodio muerto.

—Ese no puede ayudarnos ya, psíquico. Parece que morimos aquí.

—No.

Garro vio que Rubio sacaba algo del cinto de Khorarinn, un dispositivo en forma de vara, cubierto por una serie de luces parpadeantes.

—Os dije que había otra salida.

Los guerreros se giraron, encarando firmemente las armas de los cicatrices blancas. Garro clavó su mirada en Hakeem dejando entrever una ligera sonrisa.

—Arrancaré esa sonrisa de tu cara —espetó Hakeem—. ¡Os degollaremos como los animales que sois!

—No hoy. No derramarás más sangre leal —respondió Garro mientras una esfera de energía lo rodeaba.

—¡No, no! ¡Detenedlos! ¡Abrid fuego!

El ancla de teleportación de Khorarinn vibraba en la mano de Rubio. Olas de fuego esmeralda envolvieron a los tres guerreros, y en un parpadeo desaparecieron.

Nadie a bordo de la *Nolandia* espera ver de vuelta a los legionarios. El pronunciamiento de Hakeem había sido suficiente para que el comandante de la nave reasumiera el mando directo. Se trataba de un oficial leal pero poco imaginativo de las fuerzas imperiales que había decidido cumplir con las últimas órdenes del guardia custodio.

La *Nolandia* permanecía alerta, con sus artilleros exterminando calmada y sistemáticamente a toda nave refugiada que intentaba escapar o contraatacar.

El regreso de Garro y sus compañeros fue como si la misma muerte hubiera aparecido súbitamente dando zancadas en mitad del estrategium. El capitán estaba cubierto de sangre, y su cara era todo ferocidad e ira.

—¡Alto el fuego! —rugió.

La sorpresa petrificó a toda la tripulación del puente, y Varren se cernió sobre el comandante, hediendo a muerte.

—¡Silenciad los cañones! —gritó mientras arrojaba al oficial sobre la cubierta.

Los cañones láser dejaron de disparar.

—Enviad mensaje a todas las cubiertas, a toda la tripulación. El guardia custodio Khorarinn fue asesinado por agentes del Señor de la Guerra Horus. Hemos aislado a los traidores a bordo de la fragata *Filo de daga*. Que los artilleros rearmen y se preparen para disparar a mi señal —Garro se dirigió al codiciario—. Rubio, que los astrópatas se preparen para comunión. Quiero que envíen noticia de todo lo

acontecido directamente al Palacio. Malcador debe saber la verdad antes de que los rumores se extiendan.

—Sí, capitán. ¿Y qué hay de Hakeem? Intentarán huir y regresar con Horus y los rebeldes.

Rubio pronunció aquellas palabras a la vez que con la cabeza señalaba la fragata que permanecía en la oscuridad más allá de la*Nolandia*.

Garro no le contestó; en lugar de eso se dirigió al maestro artillero de la nave de guerra.

—Apunten a la *Filo de daga*. Todas las armas —por un instante vaciló, y dirigió la mirada a Varren—. La decisión no es mía. Captura o ejecución. Dejo el método de castigo de Hakeem en tus…

—Destruidlos —lo interrumpió Varren con una voz fría.

Entonces la *Nolandia* liberó una descarga masiva de energía.

Garro había empezado a ver aquella torre de la luna silenciosa como lo más parecido que había conocido a un hogar. Teniendo en cuenta, sin embargo, que había sido la misma cantidad de tiempo prisión que lugar de solaz, aquel era un triste reconocimiento.

Había esperado que aquella misión para el Sigilita le permitiera descubrir su propósito; y así había sido, en alguna medida. Pero no de manera completa; los eventos en el cinturón de Kuiper se lo habían hecho ver con claridad. Garro estaba buscando una verdad todavía por descubrir, una certeza evasiva que parecía esconderse cada vez que intentaba darle forma concreta.

¿A dónde lo llevaba aquel camino? No tenía forma de saberlo.

—¿Y qué pasó entonces?

Vaciló, dirigiendo la mirada a Malcador. El regente de Terra lo estudiaba desde la capucha de su túnica, sus rasgos difuminados en su sombra. Pero sus ojos… Los ojos del Sigilita eran claros, siempre vigilantes. Garro era como de cristal para él: no podía ocultarle nada.

—Hakeem fue ejecutado, junto con el resto de los traidores. No hubo supervivientes.

Malcador asintió lentamente. Había dicho poco durante el informe de Garro sobre lo ocurrido a bordo de la *Filo de daga*, apenas había pedido alguna aclaración mientras el legionario relataba la historia. Sólo en un punto había demostrado alguna reacción, y había sido cuando había oído de la muerte de Khorarinn. Garro sabía que sería el Sigilita quien tendría que informar al Emperador de la muerte de uno de sus fieles custodios.

—Graves eventos, ciertamente —dijo Malcador—. La pérdida de vidas siempre es lamentable… Pero la seguridad del Imperio se ha mantenido. Has servido bien al Emperador, Garro. Mi intuición de que debía enviarte junto a Khorarinn fue acertada. Si tus caballeros errantes no hubieran estado implicados, las circunstancias habrían favorecido al architraidor Horus.

—¿«Lamentable»? Mi señor, ni una sola de las naves de la flotilla superó el trance sin pérdidas. Vinieron a nosotros con esperanza y los recibimos con sospecha y muerte.

—Esos son los tiempos en los que vivimos, Nathaniel. El lujo de la confianza ya no existe. En la confusión que siguió a la muerte de Khorarinn, cuando la flota de refugiados se dispersó, una nave desapareció en el caos. Escapó a la detención y logró infiltrase en el Sistema Solar. Sospecho que quienesquiera que fuesen a bordo son agentes del Señor de la Guerra. Pero ya he enviado a otros operativos a encargarse de ese asunto…

En ese momento se oyó el sonido de las compuertas y unos pasos que se acercaron a las dos figuras. Rubio se inclinó ante el regente. A su lado estaba Varren, con una expresión distante y taciturna. El equipo de combate salpicado de sangre del devorador de mundos había desaparecido, y en su lugar lucía la misma servoarmadura sin distintivos que Garro y el psíquico. Su espada de energía permanecía envainada a su espalda, la empuñadura de bronce la única nota de color de todo el conjunto.

—¿Un nuevo recluta? —preguntó Malcador.

—Parece que encaja entre nosotros, lord Malcador —contestó Rubio.

—Garro me dijo que su misión sirve a la voluntad del Emperador y que castiga a los traidores.

—En cierto sentido —asintió Malcador.

—Suficiente para mí. Mi espada es vuestra.

—Entonces eres bienvenido entre nosotros, Macer Varren. Pero debo advertirte… debo advertiros a todos: lo que ha ocurrido, lo que Hakeem hizo… volveréis a encontraron con situaciones como la que habéis vivido. Las líneas entre traidores y leales se difuminan a medida que las fuerzas implicadas toman posiciones para las batallas que se avecinan. Hakeem y sus renegados no son los últimos traidores a los que os enfrentaréis.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Rubio.

—Incluso ahora, en este preciso instante, hay traidores recorriendo los pasillos de los centros de poder, tanto en Terra como en los demás planetas del núcleo. Hombres y mujeres, necios, engañados y fanáticos, esforzándose por facilitar la invasión que está por llegar, el ataque de Horus al corazón del Imperio.

—Mostrádmelos, y morirán.

—A su debido tiempo, Varren. Todo llegará a su debido tiempo.

Garro estudió la ilegible expresión del Sigilita, intentando determinar las intenciones de Malcador, sin éxito.

—¿Qué queréis de nosotros, regente?

—Tengo muchas misiones para vosotros, capitán Garro. Y cuando todas hayan sido cumplidas, os prometo que habremos arrancado las negras raíces de esta sangrienta insurrección. Pero hasta ese día, seréis mis ojos y oídos, mi cuchillo en las sombras. Encontraréis a esos colaboradores, y acabaréis con ellos.

Garro inclinó respetuosamente la cabeza y posó una mano sobre *Libertas*.

—Como ordenéis, así se hará.

FIN DEL RELATO